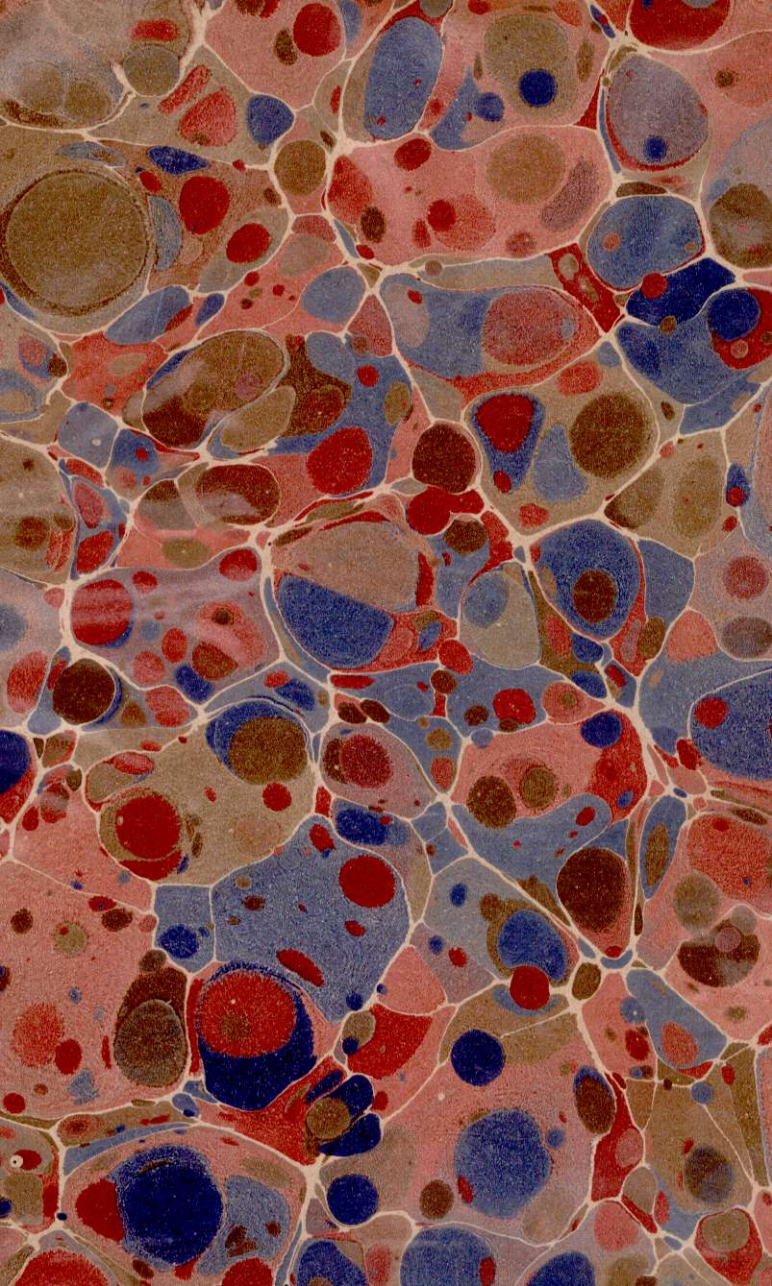
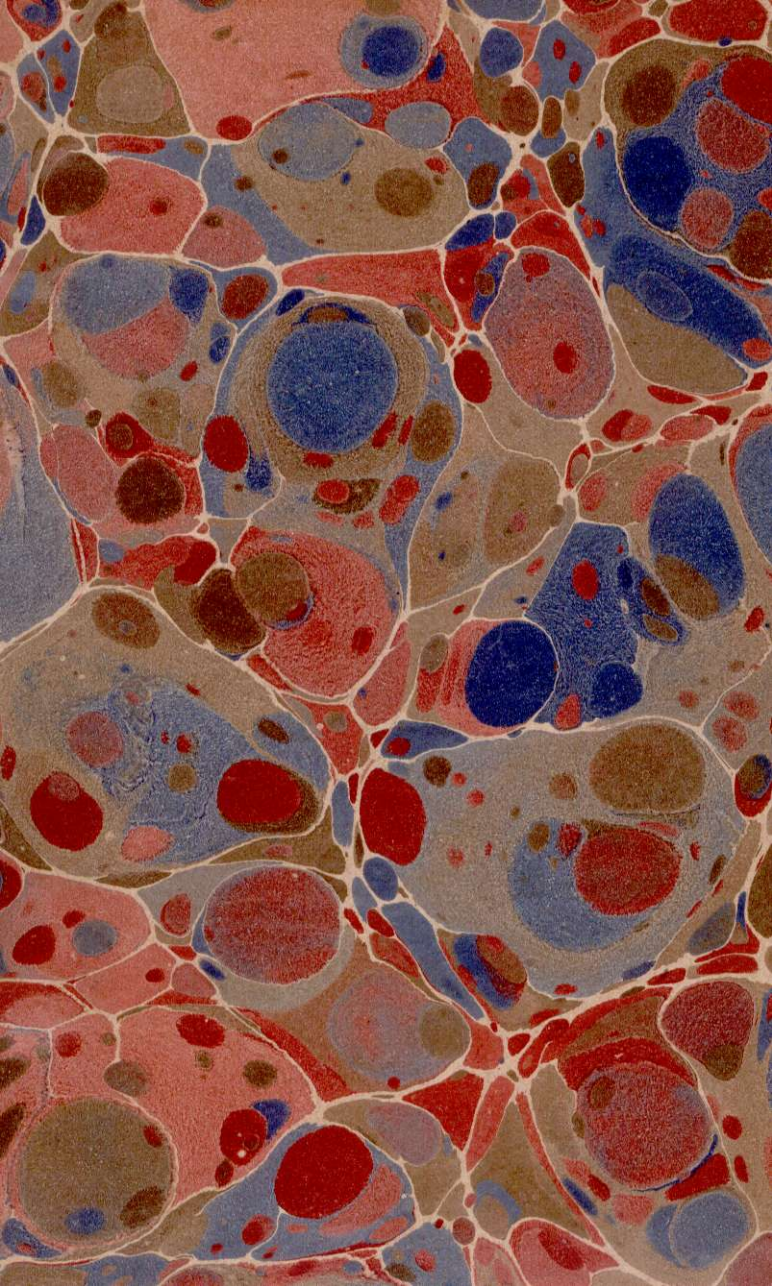








Rumpfells

JUAN ANTONIO CAVESTANY

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CANTOS DE OTOÑO

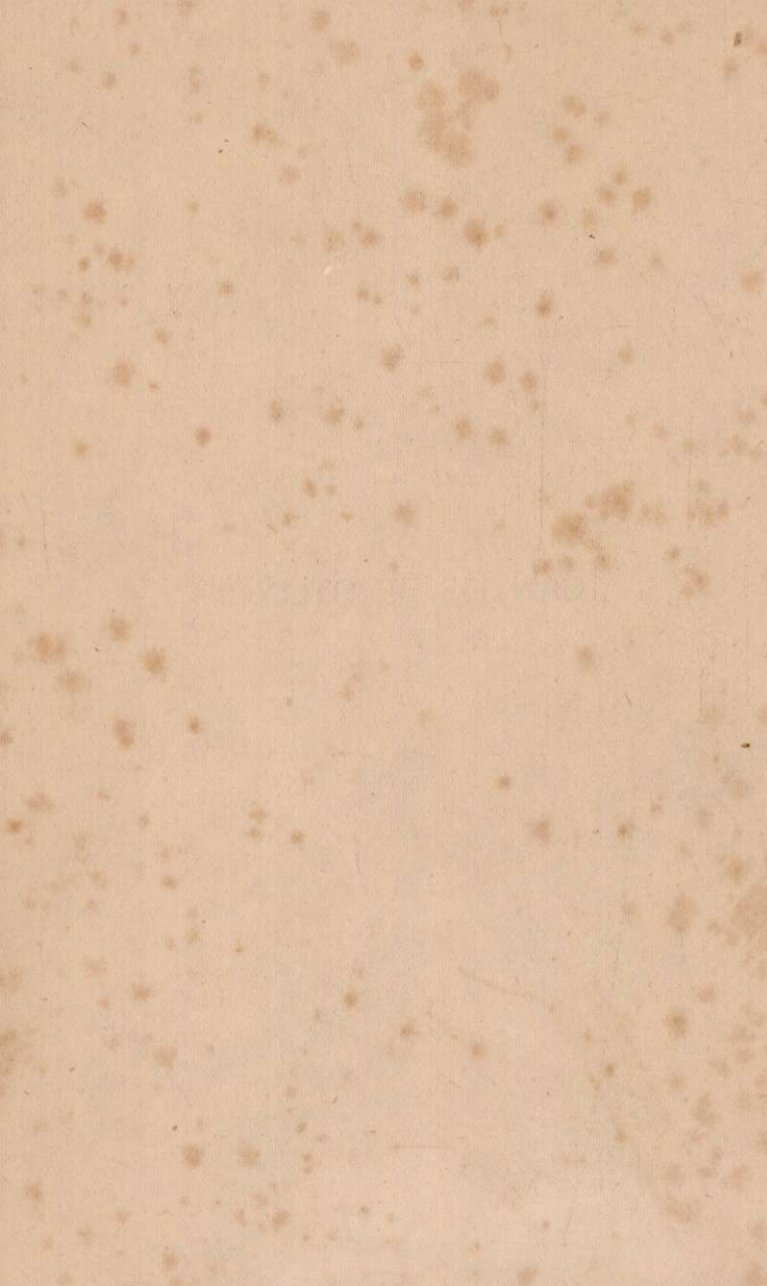


LIBRERIA DE LA VIUDA DE PUEYO - ARENAL, 6 - MADRID

AB



CANTOS DE OTOÑO



19 cms.

R. 70.093

JUAN ANTONIO CAVESTANY

(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)



P

780

CANTOS DE OTOÑO

(POESÍAS)

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE PUEYO

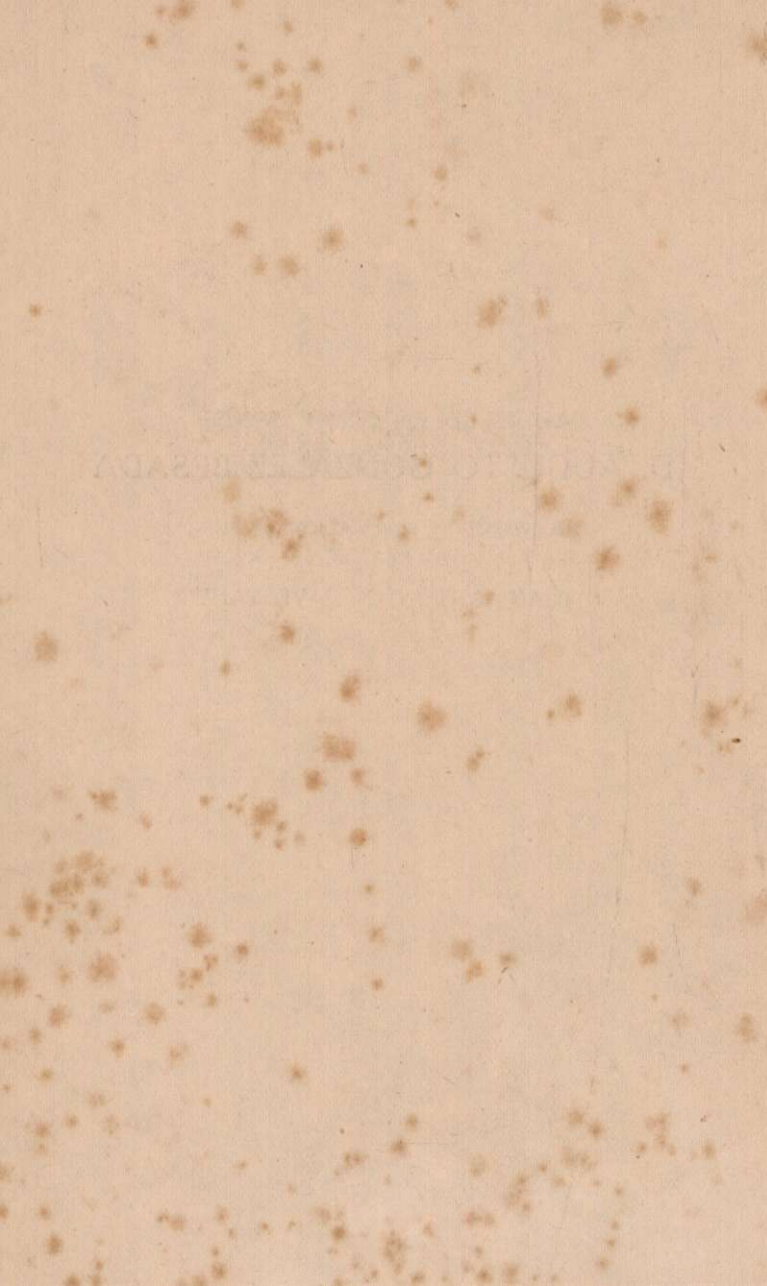
Calle del Arenal, 6.

1918

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
D. AUGUSTO GONZALEZ BESADA

HOMENAJE DE ADMIRACIÓN PROFUN-
DA Y AMISTAD INQUEBRANTABLE DE

JUAN ANTONIO CAVESTANY



¡AÑO NUEVO!

¿Qué tiene el Año nuevo
cuando alborea
que pone ante los ojos
un espejismo?

¿Es que el tiempo y la vida
que en él se emplea
porque cambien los años
no son lo mismo?

Y sin embargo, á todos
su influjo alcanza:
no hay quien, triste ó alegre,
mozo ó longevo,
no sienta la caricia
de la esperanza
al decir los relojes:
“un año nuevo“.

¿Acaso son las horas
 menos impías,
ó es menos implacable
 del Mal la guerra,
porque la cuenta exacta
 cierren los días
que en dar la vuelta al Cielo
 tarda la Tierra?

Es que á nadie su suerte
 le satisface;
que á nadie ningún año
 da lo que quiere,
y esperamos que á todos
 traiga el que nace
la dicha que á ninguno
 trajo el que muere.

Las doce campanadas,
 cuyo eco extraño
es de dulces promesas
 rico tesoro,
al anunciar alegres
 que empieza un año,
abren de la Esperanza
 las puertas de oro.

Y la Esperanza llega
prestando aliento,
prometiendo venturas
nunca gozadas,
aunque la dicha dure
sólo un momento...
¡tal vez ni lo que duran
las campanadas!

¡Bien hayan tus promesas
y tu alegría,
Año nuevo que siempre
llegas triunfante!
Tú nos das las venturas
que el alma ansía...
¿Qué importa que no duren
más que un instante?

“Yo te traigo los bienes
con que has soñado...”
“Yo haré que olvides pronto
lo que has sufrido...”
“Yo no encierro dolores
como el pasado...”,
dicen los años nuevos
á nuestro oído.

Y á su voz se transforma
mágicamente
cuanto abarcan los ojos
con la mirada...
La madre ve en sus brazos
al hijo ausente:
"te amo"—dice al amante
la voz amada.

Realizadas parecen
las ilusiones;
la Justicia que triunfa
contra el Mal cierra,
y al pobre la Fortuna
brinda sus dones
y al labrador sus frutos
brinda la tierra...

¿Que es quimera que pasa
rauda y baldía...?
¿Qué más da, si su encanto
ya hemos sentido?
Para todos los seres
vendrá algún día
el año que al fin cumpla
lo prometido.

El que penas y males
borra y ahuyenta;
el que rompe los hierros
del alma esclava;
el año que del Tiempo
corta la cuenta...
¡El año que principia,
pero no acaba!

EL LIBRO PERDIDO

Se me ha perdido un libro que tenía—
el que más estimaba—
y aunque lo estoy buscando noche y día,
ni me acuerdo de dónde lo guardaba
ni lo encuentro en ninguna librería.
Se agotó la edición, seguramente.
¡Es natural! El libro era excelente.
Sobre mi mesa estuvo más de un año...
Por cierto que es extraño
que gustándome tanto—cosa rara—
hasta el nombre después se me olvidara.
De pretenciosa la palabra peca,
pero mi biblioteca en él tenía
su tesoro... (Yo llamo biblioteca
á una cómoda y vieja estantería
donde puse mis libros ordenados,
para que el verlos mi delicia fuese.)
De cuantos allí tengo alineados,
yo sé todos los nombres ¡menos ese!

Infiel no suele serme la memoria.
En esos libros viejos he seguido
el curso de la Vida y de la Historia,
de edades á través y de mudanzas,
y en ellos he bebido
inspiración y ejemplos y enseñanzas.
En ellos, anhelante,
descubro de los siglos los misterios,
viendo del Mundo en el vaivén constante
alzarse tronos y rodar imperios;
en ellos, sobre alfombra de laureles,
miro cruzar, en galopar triunfante,
del Cid y de Alejandro los corceles
y pasan ante mí, locos ó austeros,
dichosos ó infelices,
conquistadores, místicos, guerreros,
sabios, reyes, ascetas, meretrices,
el oro puro con la vil escoria,
mezcla confusa de odios y piedades,
que baja de las cimas de la gloria
al fango de las torpes liviandades...
Todo, desde el gusano hasta la estrella,
cuanto al cumplir su fin y su destino—
infecto rastro ó luminosa huella—
dejó la Humanidad en su camino.

Y algo más esos libros me han mostrado
al saciar mis anhelos:
por ellos, asombrado,

sondé la Tierra y escalé los Cielos;
vi en ellos sabias leyes esculpidas
que acaso al desgraciado
hicieran venturoso... á ser cumplidas;
vi la Verdad resplandecer severa;
vi la Moral clemente y bondadosa
la senda del deber mostrando austera;
vi la Ciencia triunfando soberana
y la Piedad buscando generosa
remedio y fin á la injusticia humana...
Cuanto la Humanidad ha padecido,
cuantas glorias las artes han logrado,
cuanto es y cuanto ha sido,
todo está en esas hojas reflejado.

Pero esos libros ya los he leído:
sé lo que dicen de distintos modos;
yo busco el otro, el otro, el que he perdido;
el que con tanto afán siempre leía;
el más útil de todos...
y eso que ya olvidé lo que decía,
que no recuerdo el título siquiera...
¡Claro! ¡Son tantos libros, tantos nombres!...
¡Ah! Sí, ya sé cuál era:
Del modo de hacer justos á los hombres.
.....
¿Cómo pude soñar que apareciera?

LOS JOYEROS DE DIOS

Guarda Dios mismo en persona,
y en joyeros deslumbrantes,
las perlas y los brillantes
que arranca de su corona,
y á sus ángeles más bellos,
como premio y como honor,
cuando está de buen humor
permite jugar con ellos.

Las legiones bulliciosas
de alas y cabellos de oro,
disputándose el tesoro
de aquellas piedras preciosas,
suelen volcar los joyeros,
y de Dios ante el estrado,
dejan el cielo sembrado
de estrellas y de luceros,
prolongando su alegría
hasta que el Supremo Ser

se los manda recoger
así que se anuncia el día.

.....

.....

.....

Era una noche serena.
La resplandeciente altura
brillaba diáfana y pura,
de soles y mundos llena.

(De las sombras sobre el velo,
las aligeras legiones
derramaron á millones
los brillantes por el cielo.)

Dios, desde el trono en que impera,
gozábase en contemplar
el luminoso rodar
de los astros por la esfera,
cuando al fijar la mirada
en uno, allá muy distante:
—¿Qué le pasa á aquel brillante?—
dijo con voz alterada.

Y un angelillo hablador
contestóle decidido:

—De pronto se ha obscurecido,
sin saber por qué, Señor.

—¿Recuerdas cuál es su nombre?

—Se llama la Tierra.—¡Ah! Sí.

Es el vergel que le di
para su morada al Hombre.

¿Siguen siempre los nacidos
gozando su bien en paz?

—No, Señor—dijo el rapaz—;
ahora están desavenidos.

Todo es destrucción, venganza,
estragos, ira, pelea...

¿No ves, Señor, cómo humea
la sangre de la matanza?

Los otros astros del Cielo
dan luz que nada obscurece;
sólo la Tierra parece
como envuelta en rojo velo...

Dios, elevando las manos
y mirando atento y fijo:
—Así son los hombres—dijo—.

¡Yo los crié para hermanos!...

¡Qué horrible crimen la guerra...!—
Y sintió horror un momento
mirando el rastro sangriento
que iba dejando la Tierra...

REFLEXIONES

Quien sin llorar ni sufrir
vió por senda florecida
su existencia transcurrir,
cuando se siente morir
dice: "¡Qué corta es la vida!"

Y quien del dolor la carga
llevó siempre con exceso
en una jornada amarga,
abrumado por su peso
dice: "¡La vida...! ¡Qué larga...!"

¿Larga? ¿Breve...? En realidad,
cuando el dolor da su fruto,
un día es la eternidad...
Para la felicidad,
un siglo dura un minuto.

“¡Qué hermoso es vivir, Dios mío!,
dice la risa al surgir,
y dice el llanto sombrío:
“¿Hay castigo más impío
que el castigo de vivir?”

“¿Dónde me lleva la suerte?—
al par con voz dolorida
dicen el débil y el fuerte—.
La muerte, ¿empieza en la vida?
La vida, ¿acaba en la muerte?”

¡Quién sabe...! Triste ó dichosa,
del bien ó del mal avara,
la vida no es otra cosa
que el espacio que separa
á una cuna de una fosa.

Y sobre ambas, importuna,
puso siempre, ayer como hoy,
pregunta igual la Fortuna:
“¿De dónde vengo?”, en la cuna;
en la fosa: “¿Adónde voy?”

¡Vida, constante anhelar
que sediento el hombre bebe...!
¿Cómo así te puede amar
quien no sabe ni apreciar
si eres larga ó eres breve?

EL PARQUE DE MARÍA LUISA

ESCRITO PARA SER RECITADO POR PASTORA IMPERIO

Escuche usted, amigo:
¿Ha estado usted en Sevilla?
¿Ha visto usted el parque
de María Luisa?
¿Que no lo conoce?
¿Que no ha estado usted allí?
Pues... usted no sabe
lo que es un jardín.
No, señó;
no lo sabe usted,
se lo digo yo.

El parque—el paraíso—está en la orilla
del río más juncal y más cañí,
que hizo Dios pa lucirse haciendo ríos...
el Guadalquiví...

El río de la gracia y del salero,
que en eso da lecciones jasta al mar,
porque el mar es más grande, tié más agua...
pero menos sal.

Un cachito é tierra
ó un cachito é gloria
se puso á echá flores,
se puso á echá rosas,
claveles y azahares
y nardos y aromas
(¡vamos, que las plantas
se volvieron locas!)
y salió aquel parque...
¡Ay, Jesús, qué cosa!...
Como pa er regalo
de una reina mora
ó pa que los ángeles
tuviesen alfombra...

Un mantón de Manila
con mil bordaos,
donde los pajarillos
no son pintaos,
sino de veras...
¡Hay ruiseñor que canta
por peteneras!

Un mantón que deslumbra
con sus reflejos,
donde las rosas nacen
entre azulejos,
y por hermosas,
también corren las fuentes
sobre las rosas.
¿Quién bordó ese pañuelo
de pedrería?
El sol, el sol bendito
de Andalucía...
Pañuelo moro
al que le dió por flecos
sus rayos de oro.

En fin, que ese es un parque
neto, serrano,
andaluz, con hechuras,
juncal, gitano...
¡la maravilla!...
El pañolón de flores
de mi Sevilla!

Pos... miste una cosa
que no va á creé,
ese jardinillo
lo jiso un francés.
¿Qué tendrá mi tierra
(yo me jago cruces)

que hasta á los franceses
les vuelve andaluces?...
¿Qué dirá el gabacho
cuando vaya al Boá?...
Esto es cualquier cosa...
Pa jardín... ¡allá!

Él querrá de fijo
si se va á París
jacer otro parque
como él hizo allí,
y no va á salirle...
¡qué le va á salir,
si el sol de su tierra
parece un candil
y las jembras dicen
madán por gachí!...
Que venga primero,
si quiere lucir,
á aprender el Sena
der Guadarquiví.

Los claveles del parque
de mi Sevilla
se suben ellos solos
á la mantilla.

Con las que en Mayo nacen
en su lindero
hay pa cubrir de rosas
al mundo entero.
Ca naranjillo tiene
diez rui señores,
y es aquello una orgía
de luz y flores,
cuando entre los rosales
que besa el río
pasa, dándoles celos,
el mujerío.
Aquello es gloria pura
que Dios envía...
vamos... ¡la borrachera
de la alegría!
To se ríe: las flores,
la tierra, er viento...
¡hasta er cielo parece
que está contento!...
Que el cielo en esas tardes
dice á Sevilla:
¡Buen jardinillo tienes!...
¡Anda, chiquilla!
Dios mismo es quien t'ha dao
tu pañolón...
¡Vaya si estás serrana
con el mantón!

¿Y usted no ha estado nunca
en el parque aquel?
Pues usted no sabe
lo que es un vergel...
No, señó;
no lo sabe usted;
se lo digo yo.

CÓMO ERA ZORRILLA...

¿Cómo era? Bajo, cenceño,
aire noble, porte altivo,
rostro franco y expresivo,
largo perfil aguileño...

La melena, atrás echada,
que sobre el cuello caía,
rizosa y gris, descubría
la ancha frente despejada,
y animaban su semblante
unos ojos azulados,
serenos, dulces, rasgados,
de hondo mirar penetrante.

Aun sin calzas ni ropilla,
dábale faz de Quijote
bajo el enhiesto bigote
la puntiaguda perilla,
y de su voz de cristal
notábase en la expresión
una extraña vibración,
como un ritmo musical,

cual si la palabra alada,
por misteriosos resabios,
al asomar á sus labios
quisiera salir rimada.

Sólo con verlo en la calle
se apreciaba claramente
que el traje burgués corriente
sentaba mal á su talle.

Su aire, de todos distinto,
reclamaba vocinglero
su gran pluma en el sombrero,
su daga prendida al cinto,
encajes para la gola,
espuelas para los pies,
y un buen hierro milanés
bajo una capa española.

Aunque la edad le rendía,
por el gesto y por la traza
revelaba de la raza
la ingénita gallardía;

verdad que, aunque se rompió
luego y por siempre el troquel,
la raza encarnaba en él
como en ninguno encarnó.

Así, viendo vinculadas
en él la Patria y su esencia,
gloriosa supervivencia
de nuestras glorias pasadas,
conocí y amé á Zorrilla,
siendo él viejo y yo muchacho,

enhiesto el fuerte mostacho
sobre la blanca perilla...

y mientras me alumbre el Sol
conservar su imagen quiero
como el recuerdo postrero
del postrer gran español.

JULIETA

Desde que la inventiva del poeta,
encarnación de amor ardiente y pura,
creó la dulce imagen de Julieta,
toda mujer que de adorar blasona
reviste ante mis ojos la figura
de la sin par amante de Verona.
No es siempre igual Julieta la que veo;
la espléndida hermosura
que en su balcón y en brazos de Romeo,
mientras del día la llegada espera,
del ruseñor seméjale el gorjeo
el canto de la alondra mañanera;
la que, de su pasión en los altares,
librando al alma del inútil peso,
viejos odios de raza seculares
limpia de escoria en el crisol de un beso;
es la obscura plebeya y la gran dama,
la miserable á mendigar sujeta,
la noble reina á quien el mundo aclama;
es cualquiera mujer... Si sufre y ama,
para mí ya es Julieta.

Dando vida en un ser á muchos seres,
el vate egregio en su misión divina,
fundió el alma de todas las mujeres
en el alma inmortal de su heroína.
Por ley bendita ó por fatal sentencia,
toda mujer, feliz ó desgraciada,
tuvo siempre un momento en su existencia
de sentir el placer de verse amada...
Y si gustó el dulzor de ese momento,
si al cruzarse con otra su mirada
dichoso el corazón latió violento;
si un "te adoro" más débil que un gemido,
con ansiedad secreta,
temblando de emoción llegó á su oído;
si amó una vez, en fin, ya fué Julieta.

Adorable Julieta de una hora,
¿quién no gozó tu encanto? ¿qué nacido
no siente tu nostalgia y no te llora?
Todos, todos te vimos algún día.
Para el rico galán enamorado
tu cuello se cubrió de pedrería
y tu cuerpo de encajes y brocado;
para el adolescente
á quien su casto amor causa sonrojos,
fuiste la pura virgen inocente
de labios mudos y habladores ojos;
para el rey de corona diamantina,
la princesa soñada y hechicera,

precioso don del hada, su madrina;
para el mísero anciano,
la doncella que amó por vez primera;
para el pobre y errante campesino,
la pastora que un día de verano
se encontró en la revuelta del camino,
y dió á la sed, con que luchaba en vano,
el agua del arroyo placentero
en el cuenco piadoso de su mano,
fragante de tomillo y de romero.

.....

Esperanza dichosa
ó punzante recuerdo dolorido,
triste ó alegre, pero siempre hermosa,
resistiéndose al tiempo y al olvido,
con uno ú otro nombre,
tal como al mundo la lanzó el poeta,
doquier que late el corazón de un hombre,
aparece la imagen de Julieta.

TARDE GALLEGA

Galicia, Galicia,
la dulce, la bella,
la de los amores,
la de las tristezas;
la de las campiñas
de maizales llenas,
la de los pinares
y las carballeiras,
los parrales verdes
y las pobres huertas
como ajedrezados
tableros de cercas;
la de las humildes
casitas dispersas
que entre castaños
por los montes trepan;
la que allá en sus frondas
guarda las cadencias
de las alboradas

y de las muñeiras;
la de las garridas
rapazas esbeltas
cuyo hablar parece
que es arrullo y queja;
la de aquellas rías
que tus valles besan
como si en tus brazos
dormirse quisieran...

Galicia, Galicia,
¿qué magia suprema
tiene para el alma
tu amable belleza?
No es el de tus campos
de verdura eterna
el sol deslumbrante
que achicharra y ciega;
es la luz templada,
plácida y serena,
que de tibio encanto
cuanto toca impregna.
Piadosas ocultan
tus hondas florestas
el santo secreto
de endulzar las penas.
No busque su sombra
quien sólo apetezca
de goces y risas

las horas ligeras;
quien sienta nostalgias
refúgiase en ellas
si quiere en dulzura
trocar la tristeza.
La paz del paisaje
del alma se adueña;
parece la vida
perder su aspereza;
la suave poesía
que exhala la tierra
del pecho hasta el fondo
callada penetra...

Subiendo el repecho
la dura carreta,
quejándose triste,
se pierde en la cuesta;
el viento en los pinos
repite ó remeda
la voz con que al lejos
las olas se encrespan;
como una gaviota
la barca de vela
las aguas azules
volando atraviesa;
la red en la orilla
sus mallas repliega
que el copo de plata

traidoras sujetan;
los cantos que animan
la diaria tarea
se van extinguendo
por playas y selvas,
y el Sol, terminada
su larga carrera,
va á hundirse en los mares,
que finge que incendia...

¡Benditas mil veces
las tardes gallegas,
con su tibio encanto,
con su paz serena,
con su cielo triste,
con su luz discreta,
donde el que padece
lenitivo encuentra,
donde la Poesía
por doquier se alberga!

Galicia, Galicia,
la vida me pesa,
me rinde el cansancio,
los males me asedian;
dame tú el olvido
que alivia y consuela.
Calmen mis zozobras,

curen mis dolencias
tus atardeceres
de sin par belleza,
tus cantos que arrullan,
tus brisas que juegan,
tus vegas floridas,
tus cimas risueñas...
Traspasada el alma
por agudas flechas,
busco en tu regazo
refugio á mis penas,
igual que esas rías
que tus valles besan,
como si en tus brazos
dormirse quisieran...

EN UN ALBUM

A la marquesa de Valdeolmos.

Cuando empezó á cantar la Poesía
aquí tu soberana gentileza,
era un amanecer... ¡Amanecía
la mañana de Abril de tu belleza!

Hoy, veinte años después, sin amargura
mi musa ante tus plantas se descubre
al entrar majestuosa tu hermosura
en la tarde divina de su Octubre.

“¿Qué es preferible, por la vez primera
se pregunta indecisa la mirada:
el claro amanecer de primavera
ó la tarde de otoño regalada?”

LA PIERNA DE PALO

Del odio triste regalo,
su débil paso inseguro
marcaba con golpe duro
la tosca pierna de palo.

Octubre tibia fragancia
prestaba y dulce atracción
á aquel hermoso rincón
del noble suelo de Francia.

¡Aun á los vagos reflejos
de un anochecer rosado
ver pienso al pobre soldado
que se esfumaba á lo lejos!

Al cruzarnos un instante—
lo quise en vano ocultar—
debió el mancebo notar
la expresión de mi semblante,
y observé con extrañeza
que su rostro respondía
con un gesto de alegría

á mi gesto de tristeza.

Aunque, al pronto, sorprendido
dejóme la admiración,
hallé al fin la explicación
del raro contrasentido.

Cuando él pasó por mi lado—
héroe sin nombre y sin fama—
yo no miré sino al drama
de aquel cuerpo mutilado,
y él, en tanto, satisfecho,
del crepúsculo á la luz,
iba mirando la cruz
con que adornaba su pecho.

Yo, mientras él se alejaba
enfermizo y sin vigor,
mirándole con dolor,
“¡Desventurado!”, pensaba;
él, mientras yo le seguía
en su marcha fatigosa,
mirando á su cruz gloriosa,
“Soy un valiente”, decía.

Yo pensaba en el afán
de un porvenir enemigo,
en un hogar sin abrigo
y en unos hijos sin pan;
él, á su triste cabaña
se iba acercando sin pena...
Pobre ó rica, estaba llena
del recuerdo de su hazaña.

Para mí, tras el soldado,

duro, inflexible, tremendo,
iba el Destino diciendo:
"Sufre y muere, desgraciado";
para él, tras su marcha lenta,
la Patria por quien sufría,
"No temas, hijo—decía—;
me has amado; estoy contenta."

.....

.....

Pensando así cada cual
por modo tan diferente,
fué cerrando lentamente
la tibia noche otoñal,
y aún, con rítmico intervalo,
del frondoso valle el eco
repetía el golpe seco
de aquella pierna de palo.

.....

.....

¡Pobre trozo de madera
que contemplé compasivo,
tú eres el símbolo vivo
de una nación toda entera!

Guarda tu rugoso seno,
por un misterio sin nombre,
cuanto el corazón del hombre
tiene de grande y de bueno.

Aquel miembro cercenado
que suples con forma rara,

fué de la Patria ante el ara
voluntariamente dado,
y quien por la Madre herida
su amor con su sangre sella,
como le dió parte de ella,
diérale entera la vida.

No buscaba al combatir,
cumpliendo el santo deber,
más goce que padecer
ni más premio que morir;
pero morir convencido—
la gloria sólo es del fuerte—
de que entraría en la muerte
por la puerta del olvido,
sin que encontraran siquiera
sus restos, hechos pedazos,
una cruz que con sus brazos
amor y sombra les diera.

Humanidad calumniada
que amas y aceptas la vida,
siempre á sufrir decidida,
siempre á morir resignada,
ese palo que, valiente,
arrastra un soldado fiel,
es un eterno laurel
que ciñe Dios á tu frente.

El dice "virtud, nobleza,
impulso al deber propicio,
abnegación, sacrificio,
desinterés, entereza,

honda fe, firme constancia"...
cuanto á mí me dió á entender
en aquel anochecer
del bello rincón de Francia.

LA VERDAD

Era un monarca poderoso y fuerte,
del Bien y la Justicia protector.
Sintió llegar el trance de su muerte
y llamó al confesor.

—Padre—le dijo—, siento que me muero
rendido por las luchas y la edad;
mi última aspiración realizar quiero:
conocer la Verdad.

Nunca acudió benigna á mi conjuro;
nunca con claridad la pude ver;
descubrídmela vos, que de seguro
la debéis conocer.

—¿Qué es la Verdad? ¿La pompa soberana?
¿Del dominio la ciega aspiración?
No es eso, padre, no... La gloria humana
no es más que una ilusión.

¿Es amar para ser correspondido?
¿Es del afecto el lazo fraternal?
Yo tuve aduladores... No he tenido
ni un amigo leal.

¿Qué es la Verdad? Vuestros preceptos sabios
el velo para mí pueden romper.

Mi hijo debe escucharla de mis labios,
pues rey tiene que ser.

Con voz por la emoción entrecortada
repuso vacilante el confesor:

—La Verdad absoluta está vedada
para el hombre, señor.

La Verdad es lo vil de nuestra suerte,
la nada de esta pobre humanidad;
es esto que tocamos, es la Muerte...

¡No hay más que esa Verdad!

—Pero ¿después, después...? Saberlo ansío.
¿Voy del reposo ó del tormento en pos?
¡Responded al Monarca!

—Eso, hijo mío,
lo sabe sólo Dios.

—¿De modo que es inútil cuanto intente,
que tengo que morir en la ansiedad,
que todo mi poder no es suficiente
á saber la Verdad?

¡El príncipe...! ¡Corred...! Mi fin presiento...
Venga pronto con él toda mi grey...—
El hijo entró en la estancia en el momento
en que expiraba el Rey.

Y expiraba con gesto de alegría...
Tal vez, al ver al príncipe llegar,
la Verdad que buscaba descubría...
pero ya sin poderla revelar.

EL ENEMIGO DEL PUEBLO

Razón tiene quien se queja
de la humilde condición
que hace al hombre indiferente
para el ajeno dolor.

Razón tiene quien maldice
la injusta distribución
que á dichas y desventuras
la Fortuna siempre dió.

¿Por qué van las alegrías
sin cesar de unos en pos,
en tanto que á otros persigue
tenaz la tribulación?

La suerte que á los dichosos
nunca niega su favor,

¿por qué á los desheredados
jamás se los otorgó?

Problemas son insolubles
para quien la solución
no busca alzando los ojos
con ansias de *algo* mejor,

y es la de mirar *arriba*,
costumbre que se abolió
desde que el hombre no tiene
más faro que su razón.

.....

.....

Infelices de la tierra,
los que, con vuestro sudor,
para otros la hacéis fecunda
y para vosotros no;

miserables infelices,
los que con hielo y con sol
ganáis un pan aún más duro
que vuestra propia labor;

los que trabajáis sin tregua
los que la brega rindió,
los que sentís hambre y frío
sin encontrar compasión,

luchad, luchad sin descanso
y el cielo os dé su favor...
Sois los más, sois los mejores,
pedís vuestra redención...

Para que obtengáis justicia
yo uno á la vuestra mi voz,
y estar debe con nosotros
todo el que honrado nació;

que amparar la desventura
y consolar la aflicción
es el deber más sagrado
que impuso á los hombres Dios.

.....
.....

Luchad, sí; mas no busquéis
vuestro enemigo peor

del rico que no os ampara
en el seco corazón.

No, no es ése el enemigo;
tenéis otro más feroz
que se finge vuestro hermano
para perderos mejor:

el que el alma os envenena
y os perturba la razón;
el que os incita hacia el odio
y os aparta del amor;

el que os arrastra á la guerra,
siendo con igual tesón
que pródigo de otras vidas
de la propia defensor:

el que por treinta dineros—
siempre es igual la traición—
vende una sangre inocente,
cual la que Judas vendió;

el que habla de explotadores
siendo él más explotador,

y á otros imputa el delito
que á mansalva cometió...

Ese es, ése es el que explota
la miseria y el dolor,
y jamás hubo en el Mundo
más odiosa explotación.

ORO, AGUA, VOZ...

(ORIENTAL)

El árabe sibarita,
que el dolor odia y evita,
dice, tal vez con razón,
que no hay más que tres sonidos
que halaguen á los oídos
y den paz al corazón.

Del oro el eco sonoro;
el más grato que el del oro
que lanza el agua al correr,
y el que se lleva la palma,
el que amor vierte en el alma
con la voz de la mujer.

¡Oro, agua, voz...! Dondequiera
que se mira la bandera

de los hijos del Corán,
entre perfumes y flores,
esos tres dulces rumores
en pos del árabe van.

En su estancia es de oro el techo;
de mármol por cauce estrecho
murmura el agua sutil,
y los ricos alhamíes
son estuches de rubíes
del acento femenino.

El oro brinda ventura;
el agua, arrullo y frescura;
la voz, amante interés...
Cuando en su lecho mullido
sueña el árabe dormido,
besan su frente los tres.

¡Feliz el sueño del moro,
para el que el agua y el oro
se conciertan entre sí
con una voz regalada,
que, por ser la de la amada,
siempre es la voz de una hurí!

LA ERMITA DE LA VIRGEN

Perdió la madre al hijo en la matanza,
y, con la faz llorosa,
fué á contar su dolor sin esperanza
á la imagen bendita
de la Virgen de talla milagrosa,
gala y orgullo de la vieja ermita.

Al pie de la montaña,
dosel altivo del frondoso llano,
dejaba ver el templo su espadaña
entre el mustio verdor del altozano.
En un ambiente de tristeza lleno
la tarde melancólica moría,
mientras, siniestra y ronca como el trueno,
allá, por la medrosa lejanía,
vibraba la voz fuerte
con que en la guerra impía
por labios del cañón habla la muerte.

Entró en la ermita obscura y solitaria
la madre, devorando sus dolores,
y así empezó la triste su plegaria:
—¿Por qué consientes, Reina de los Cielos,
tan sangrientos horrores,
crímenes tantos y tan hondos duelos?
No hay una madre sola
del mundo en la ancha senda
que la ambición á su codicia inmola,
que en su hogar enlutado
no llore al hijo muerto en la contienda
y á su amor para siempre arrebatado.
Aparta de nosotros la tortura
de tener que besar sus rostros yertos;
cese, por fin, la universal locura:
¡basta, basta de hogares sin ventura,
de madres sin amor y de hijos muertos!

Mientras así llorando se expresaba
ante la bella imagen milagrosa,
que con ávidos ojos contemplaba,
del dulcísimo rostro de Maria
la expresión celestial y bondadosa
contestar de este modo parecía:
—Ese mismo dolor llevo yo fijo
en mi alma maternal eternamente,
¡y yo perdí á la vez al Dios y al Hijo!
Deja tu pena á mi tormento unida

en tanto que El consiente
que de Caín la raza fementida
retoñe fiera y sobre el Mundo aliente...
Tal vez su Providencia
quiere que expíen, sin soberbia vana,
su ciego error del hombre la demencia,
su torpe crimen la maldad humana...
Llora conmigo; tu dolor apura,
que al cabo vencerás... ¡Vence quien llora!
Tras esta noche oscura,
sobre la Tierra brillará la aurora...
Igual que al beso del rocío santo
al prado por Abril vienen las flores,
al beso del rocío de tu llanto
otros hijos vendrán y otros amores...

Así pensaba la mujer en tanto
que aquel trueno que al valle ensordecía
al retumbar distante,
avanzar poco á poco parecía,
más amenazador á cada instante.
Se iba acercando el bárbaro rugido...

.....

De pronto, un fogonazo deslumbrante
precedió á un estampido...

.....

Sintió el valle su inmensa pesadumbre;
saltó la tierra, al aire levantada;

crujió el muro; vencióse la techumbre;
luego, un grito siniestro... luego, nada...

Al revolver del templo las cenizas,
envuelto en los escombros fué encontrado
á los pies de una imagen hecha trizas
un cuerpo de mujer despedazado...

¡DON JUAN!

Por estar considerado
como el mejor talismán
para todo enamorado,
va el amor aparejado
con el nombre de Don Juan.

¿Se encuentra á un conquistador
que conoce de cien modos
los sortilegios de amor?
Pues, como el más alto honor,
"Es un Don Juan", dicen todos.

No hay quien la costumbre tuerza.
Dondequiera que haya un hombre
que de seductor ejerza,
por el prestigio del nombre
ha de ser "Don Juan" por fuerza.

Sólo escucharlo estremece.
Cuando el *don* á un Juan le dan,
su figura crece y crece...
El *don*, antepuesto al Juan,
lo sublima y lo ennoblece.

Hábito, ley ó ficción,
regla para todos es
del nombre la sugestión;
sólo en mí, por excepción,
ha sucedido al revés.

Yo fui joven... (¿no es verdad
que esto parece mentira?
Sin embargo, es realidad
que yo pasé por la edad
que siente amor y lo inspira).

Y en aquel tiempo bendito
mil adorables muñecas,
mirándome de hito en hito,
me llamaban "Juan" á secas...
y á veces hasta "Juanito".

No juntaba á mis blasones
el "don", terrible conjuro

de aventuras y pasiones,
pero aun sin eso—lo juro—
rendí muchos corazones.

Y ahora, que ya nada anheló;
ahora, que de aquel afán
me libró piadoso el Cielo,
ahora me llaman "Don Juan"...
¡Ahora, que ya soy abuelo!

MI RELOJ

Si la cuenta no perdí—
y hecha sin error está—,
siete lustros hace ya
que lo llevo sobre mí.

Y él me advierte mi deber,
él en suspenso me tiene,
él me avisa, me previene,
me marca cuanto he de hacer...

Juzgo que á su marcha unido
con lazo de hierro estoy:
por dondequiera que voy
voy sintiendo su latido,
y con tenaz insistencia
su ritmo ligero y blando
me dice que va contando
las horas de mi existencia.

¿Es á un resorte sencillo
al que va mi suerte unida...?
¿Es el reloj ó es mi vida
lo que llevo en el bolsillo?

Porque en misteriosa unión,

y ambos al mismo costado,
va su golpe acompañado
del golpe del corazón.

Su manecilla ligera,
en su fuga giratoria,
escribió toda mi historia
sobre el cristal de la esfera.

Si tras un gocepreciado
corrí feliz y anhelante,
él me previno el instante
de lograr el bien soñado.

Si me hirió la desventura
con golpe ciego y mortal,
quedó impresa en su cristal
la hora de aquella tortura.

Cuanto tengo, cuanto he sido,
su aguja me lo ha marcado,
muy de prisa si he gozado,
muy despacio si he sufrido.

Las cifras que lleva en sí,
y en cuyo abismo me pierdo,
son el constante recuerdo
de *algo* que pasó por mí;

ya un tormento, ya un placer,
ya una esperanza lejana...

¡Todo un ayer sin mañana,
que hace más triste el ayer!

De la vida en el sendero,
cual símbolo del destino,
me fué marcando el camino

su manecilla de acero,
y hoy, al fin de mi carrera,
para el alma dolorida
son jirones de la vida
los números de su esfera.

No en balde con lazo estrecho,
quizá por Dios enlazados,
latieron siempre acordados
su ritmo y el de mi pecho.

De la sangre la impulsión
acaso á los dos empuja;
tal vez arrastra á la aguja
la fuerza del corazón...

.....

Reloj, mi fiel compañero,
á mi suerte siempre unido,
siete lustros me ha seguido
tu manecilla de acero.

¡Por Dios que ha de estar rendida
al pensar que ha señalado
tanto anhelar ya pasado,
tantas penas... tanta vida...!

Tu marcha marcó á la vez
con igual exactitud
mi perdida juventud
y mi cercana vejez...

¿No te causa maravilla,
tras tal peregrinación,
que aún prosiga el corazón
moviendo la manecilla?

NOCHEBUENA

De todo se exhalaba alegremente
como una carcajada
que flotaba vibrando en el ambiente.
Voces, cantos, confusa gritería,
débil rumor de música acordada
que á lo lejos el eco repetía...
Y, sin embargo, por contraste aleve,
toda aquella alegría—
símbolo acaso del dolor eterno—
iba envolviendo en sábana de nieve
la cruda noche del traidor invierno.

¡Nochebuena...! ¡La noche del cariño,
la que, en torno á la mesa bien surtida,
en el abuelo á un tiempo y en el niño
junta las dos infancias de la vida;
la noche que disipa los dolores,
la noche en que el hogar nunca se cierra,

la noche que congrega á los amores,
porque en ella el Amor vino á la Tierra...

Cayó el niño ante el sueño que acechaba
enfrente al Nacimiento,
que, abandonado y triste, se apagaba,
y al cansancio rendido,
desde la cuna lo observaba atento,
mientras iba quedándose dormido.

¡Bendito Nacimiento...! La fragancia
que el ramaje de un pino despedía
perfumaba la estancia...
Con largo fleco, y por lo tosca bella,
de él colgada, esplendía
la pintoresca estrella
que al Portal á los magos conducía...
Y en el Portal... ¡la Gloria...!,
Y aquí y á allá, por sotos y breñales,
deshonrando de Fidias la memoria,
pastores, castañeras y zagales
que en barro modeló cincel profano;
de un arroyo de cinc en la ribera,
junto al vistoso centurión romano,
la pobre lavandera;
la vieja hilando en la feraz solana,
y el rebaño subiendo una ladera,
y Herodes asomado á su ventana;

el árbol mustio junto al fresco brote,
y el aspado molino
que acaso ya presiente á Don Quijote...
todo en montón, sin tino,
donde quiso el azar, en cualquier parte,
con el arte divino
de quien aun no sospecha lo que es arte.

¡Cuánta felicidad, cuánta hermosura
encierra esa parodia de escultura...!
¿Qué son, al lado suyo, los laureles
que la Fama asegura
al buril inmortal de Praxiteles?
¿Hay obra más perfecta y acabada,
del Arte entre las nobles maravillas,
que la que ven los niños encarnada
en esas figurillas?
¡Muñecos en que goza la inocencia
la ventura más sana
que brinda la existencia,
engañosa ilusión, quimera vana,
es querer prolongar nuestros hechizos...
de barro os hace la ceguera humana
aun sabiendo que os hace quebradizos!...

Junto á la cuna en que el rapaz dormía
un pobre zagalillo destrozado
por tierra sus pedazos esparcía...

Sin duda el niño, aunque con él soñaba—
¡hombre al fin, ó á ser hombre destinado!—
rompió el ídolo mismo que adoraba.

¡En la ciega locura
del ansia de saber que siempre yerra
rompe á veces su bien la criatura
sólo por ver lo que en el fondo encierral

.....

Ese muñeco roto,
del breve goce humano,
¿acaso no será símbolo ignoto?
En él cifró su dicha el pequeñuelo;
ya la tuvo sujeta con su mano...
y se hizo añicos al rodar al suelo.
Juguetes ó quimeras,
con unos ú otros nombres,
siempre, por quebradizas y ligeras,
son de barro las dichas de los hombres!

.....

El infante durmiendo sonreía;
á lo lejos vibraban placenteras
las voces de alegría
de esa noche feliz que pasa en breve,
y al Mundo en tanto, por contraste eterno,
iba envolviendo en sábana de nieve
la cruda noche del traidor invierno...

COMO LOS HOMBRES

Con mística admiración—
¡oh inolvidables momentos!—
visité los monumentos
de la vieja población,

mas notando al terminar
que casi desfallecía,
me olvidé de la Poesía...
y busqué dónde almorzar.

Halléme al paso un café
solo, sin alma viviente;
entré, pedí lo corriente,
me sirvieron y empecé.

En la muda soledad
de aquella sala vetusta,

se reflejaba la adusta
tristeza de la ciudad,

y por eso, aunque comía
como hombre necesitado,
me iba sintiendo embargado
por honda melancolía.

Lo que con dolor más fiero
torturaba al corazón
era la amarga impresión
de sentirme forastero.

—¡Qué solo—hablando conmigo
pensaba—, qué solo estoy!
Aquí se ignora quién soy;
no encuentro ni un rostro amigo...

Y mientras esto pensaba,
comiendo, naturalmente,
encontréme frente á frente
de un perro que me miraba.

Yo tengo, y no la destierro
porque en su bondad se funda,
una sincera y profunda
simpatía por el perro.

Era aquél un gran pachón,
gordo, de pelo luciente,
con aire de inteligente
y aspecto de bonachón.

Hablando con las miradas
bien pronto nos entendimos,
y al instante nos hicimos
excelentes camaradas.

Yo seguía en mi papel,
comiendo cuanto podía,
pero—¡claro!—que comía
compartiéndolo con él,

y el discreto animalito—
glotón, como perro, al cabo—
decía, moviendo el rabo:
“Sigue, que tengo apetito”.

Fué un festín encantador,
franco, alegre, fraternal,
que dió, como es natural,
al traste con mi dolor.

La antigua impresión penosa
de soledad triste y dura
cedió el paso á la dulzura
de una amistad cariñosa.

—Ya tengo un amigo fiel—
pensaba—; ya tengo abrigo,
porque este perro es mi amigo
como yo lo soy de él.

Cierto que hoy mismo quizás
los dos nos separaremos
y á saber no volveremos
uno del otro jamás;

pero en mí, por ser quien soy,
y en este can de alma tierna
quedará memoria eterna
de nuestro encuentro de hoy.

Yo, con honda simpatía,
diré, acordándome de él:
“¡Qué noble era el perro aquel
con que me encontré aquel día!”

Y él, con sincero dolor,
de igual recuerdo al conjuro,
dirá siempre, de seguro:
“¡Qué bueno era aquel señor!”

En esto, mientras mi gozo
prolongaba distraído,
el almuerzo concluido,
levantó el mantel el mozo,

y al decirle “ven acá
y hablemos de sobremesa”,
noté con viva sorpresa
que el perro no estaba ya.

—Ha comido y me abandona—
murmuré entonces sombrío...
¡Qué desengaño, Dios mío!
¡Lo mismo que una persona!

HIMNO Y NOTA

Todo es himno en la vida; todo canta,
desde el mísero insecto despreciado
al astro que de Dios besa la planta.
Cuanto es, cuanto palpita, cuanto siente,
es estrofa de ese himno inacabado
que vibra por doquier constantemente.
El concierto de todo lo creado,
del Sol que en el cenit rojo fulgura,
de la Tierra por Mayo florecida,
de tanta y tan espléndida hermosura,
¿qué es sino el himno eterno de la Vida?

Lo forman el rugido y el gorjeo.

Estalla la tormenta;
del rayo el pavoroso tableteo
rasga la nube que al arder revienta,

y su seno plumizo
sobre la tierra vierte
á la vez la centella y el granizo.
Es lo iracundo, lo brutal, lo fuerte;
el Cielo convertido en catarata...
¡es que preludia el himno de la Muerte
la ronca tempestad que se desata!

Desgrana su collar de aljófar puro
sobre los campos la naciente aurora,
y de esa dulce lágrima al conjuro,
que el tibio amanecer piadoso llora,
todo sacude su letal beleño;
cuajadas de rocío
salen las flores de su dulce sueño;
con arpegios suaves,
al murmullo del río
acompañan las voces de las aves;
la Creación entera, alborozada,
con brillante atavío,
como feliz y hermosa desposada,
lanzar parece su sonrisa leda,
que se trueca en sonora carcajada
al sacudir la brisa la arboleda;
todo es placer y savia y lozanía...
Es que de Oriente á la rosada puerta
llama radiante el Sol, padre del día;
es la resurrección, es la alegría...
¡es el himno del Mundo que despierta!

Todo es nota de ese himno soberano,
desde la enhiesta cima esplendorosa
al mísero gusano,
germen de la dorada mariposa;
del infecto chacal al blanco armiño,
del eterno rugir del Oceano
al canto maternal que duerme al niño,
¡todo!... La misma Tierra,
con cuanto en su extensión guarda y encierra,
mientras no vuelva desquiciada y rota
á hundirse en los abismos de la nada,
es una nota más, sólo una nota,
en la marcha triunfal, siempre acordada,
de estrofas rutilantes,
que á quien les dió la luz y el poderío
van cantando soberbios y brillantes
los Mundos al rodar por el vacío.

¿Qué nota es la mejor, la más hermosa
del himno universal, aun cuando sea
tal vez la menos viva y clamorosa?
Una, á la vez consoladora y triste;
la que en todo palpita y aletea,
porque es esencia y ser de cuanto existe:
la nota del Dolor.

Todo nacido,
como la flor el germen del perfume,
el germen del sufrir lleva escondido.
En el dolor la vida se resume.

Vivir es padecer; es la condena
á que todo mortal nace sujeto,
tanto por redención como por pena.
Del Hacedor amante,
para quien en las almas no hay secreto,
prefiere ver la vista justiciera
una lágrima sola en un semblante
que mil astros rodando por la esfera.

Sí. Del Dolor por el impulso santo
sublimada á la vez y ennoblecida,
es la nota dulcísima del llanto
la más bella del himno de la Vida.

LA EXPERIENCIA

Dice una antigua sentencia
divulgada y extendida
que no existe en esta vida
mayor bien que la experiencia,

y yo afirmo—y no es error,
porque en cien pruebas lo fundo—
que de los males del mundo
la experiencia es el mayor.

¿A qué lleva el conocer
las miserias del vivir?
Si á lo menos por sufrir
llegase el hombre á aprender...!

Pero ese caudal preciado
de la experiencia costosa,

¿le sirve para otra cosa
que para ser desgraciado?

El que la dura enseñanza
tiene que ofrece el dolor,
vive en perpetuo temor,
ve en todo engaño, asechanza;

y esa constante tortura,
esa angustia á que se entrega,
cuando el desengaño llega
¿le libra de la amargura?

Al contrario. El prevenido
siente el golpe duplicado:
primero, por esperado,
y luego, por recibido.

Pues si es esa la lección
que nos brinda la experiencia,
¿por qué inspira la inocencia
más que envidia compasión?

¿Que quien á esperar se lanza
ve al fin su ilusión perdida...?

¿Pero es que hay algo en la vida
más dulce que la esperanza?

Se persigue un bien soñado:
¿qué importa que llegue ó no,
si quien con fe lo esperó
ya lo obtuvo anticipado?

¡Vil experiencia, castigo
son de las almas tus dones:
yo maldigo tus lecciones,
yo tu enseñanza maldigo!...

¡Santa inocencia, que ofreces
sólo quimeras por palmas,
virginidad de las almas,
yo te bendigo mil veces!

SERRANILLA

INSPIRADA EN SANTILLANA

Al claro reflejo
que vierte la aurora
me hallé á la pastora
de Alcornocalejo.

Fingían corales
sus labios, por rojos;
verdor de trigales
llevaba en los ojos;
de ninfas espejo
juzguéla, y señora,
más bien que pastora
de Alcornocalejo.

Su rostro expresivo,
que olía á verbena,

quemaba el sol vivo
de Sierra Morena;

la tersa y airosa
garganta divina
más era de diosa
que de campesina...

Quedé tan perplejo,
que dudo aún ahora
que fuese pastora
de Alcornocalejo.

—La leche que lleva
trasciende á tomillo;
déjame que beba
de tu cantarillo —

dije, y en hartura
mi sed fué trocada
con la leche pura
por ella ordeñada.

—Con sed nunca dejo—
repuso—al que implora,
pues soy la pastora
de Alcornocalejo.

—¿Un rebaño guía

por estos alcores
quien pasar podría
por reina de amores?

Busca mejor gala,

que el cayado pesa,
y más que zagala
ser debes princesa.

Ella, al ver mi empeño,
contestóme así:

—Señor, yo no sueño
con salir de aquí.

Vi la luz del día
en esta ribera,
y me moriría
como la perdiera.

Al lirio, que encanta
porque á todos place,
no se le trasplanta:
muere donde nace.

Yo aquí libre moro,
todo el campo es mío,
y el zagal que adoro
vive junto al río...

.....

Y por el vallejo
de la zarzamora
huyó la pastora
de Alcornocalejo.

MULHACEN Y VELETA

Padre Mulhacén, el cano,
madre Veleta, la blanca,
los que acarician las nubes,
los que el Sol dora y esmalta,
los que con festón de nieve
dais dosel á la montaña,
¡qué hermosa pende del cielo
vuestra cortina de plata,
sobre el tapiz verde y oro
de la vega de Granada!

Tal vez los copos primeros
que tejen vuestra guirnalda
de la creación del Mundo
vieron despuntar el alba,
y aun siguen petrificados
en la altura solitaria,
inmaculada alcatifa
de la cumbre inmaculada.

Padre Mulhacén, el cano,
madre Veleta, la blanca,
¡cuántas cosas habéis visto
de vuestra mole á la falda!

Esa vega que os sustenta,
regio manto que recaman
los verdiblanco olivos
y el naranjal de esmeralda,
cuatro siglos van pasados
que fué cuna de una Patria
que por nacer en tal sitio,
aprendió desde la infancia
de vuestra nieve á ser pura,
de vuestra cima á ser alta.

Tal vez fuese á vuestros picos
donde, por Dios inspirada,
se asomase aquella reina
que pudo, con vista de águila,
ver al lejos, tras los mares,
nuevos mundos para España.

Tal vez aún vuestros hielos
el eco bendito guardan
del grito que, por tres veces,
desde la torre almenada

anunció que de Castilla
era al fin sierva la Alhambra.

Tal vez aún sobre el llano
descubre vuestra mirada
el cuadro hermoso y radiante
de la lucha legendaria,
y reflejan armaduras
del Genil las limpias aguas,
y el Sol incendiar parece
las lorigas y las lanzas,
y jaiques y lambrequines
el viento riza y levanta,
y choca el largo montante
con la corva cimitarra
en la densa polvareda
que dejan por donde pasan
los caballos tunecinos
y las yeguas jerezanas.

Padre Mulhacén, el cano,
madre Veleta, la blanca,
mudos y eternos testigos
de los triunfos de una raza,
¿qué diréis, viejos gigantes,
al ver hoy á vuestras plantas
tanta miseria presente
tras tanta gloria pasada?

¿Qué fué de los paladines
de las brillantes hazañas?
¿Qué de los descubridores
de las tierras ignoradas?
Donde los hierros lucían,
y los potros piafaban,
y el ideal generoso
movía el brazo y el alma,
sólo el egoísmo anida,
sólo la ambición encarna,
sólo el interés se mueve
y sólo los odios hablan.
Haced que hacia vuestras cimas,
que luz y pureza irradian,
de nuevo, buscando ejemplo,
vuelva los ojos la Patria,
padre Mulhacén, el cano,
madre Veleta, la blanca...

EL ROSAL DE LA MUERTE

En su rama frondosa
estaba á punto de brotar la rosa
cuando, sobre la tierra ensangrentada,
cayó, partida en cascós, la granada,
y la roja centella
de rosa y de rosal borró la huella.

Los anchos hoyos por la bomba abiertos
fueron sepulcros de soldados muertos;
pero el invierno, en breve,
tumbas y sangre sepultó en su nieve,
acaso el rastro de la guerra impura
purificar queriendo su blancura...

El beso de su rayo
mandó al Mundo otra vez el sol de Mayo,
y como la granada, aunque inclemente,
no destruyó del todo la simiente,
brotó sobre la tierra de la fosa,

en el mismo rosal, la misma rosa.

Tal vez del nuevo Mayo la mañana
la hizo brotar más fresca y más lozana,
pues siendo regla de la humana suerte
que la Vida se nutra de la Muerte
de una tumba nacida,
nació, por ser así, con mayor vida.

¡Qué admirable es tu ejemplo, Madre Tierra!
El Odio te envilece con la Guerra:
tú contestas piadosa á sus horrores
la misma sangre convirtiendo en flores...
¿Será siempre el del Bien un vano sueño...?
Persigue el hombre con tenaz empeño
hacer la Vida odiosa...
¡y la Vida se empeña en ser hermosa!

LA GIRALDA

(CANCIÓN CON MÚSICA DEL MAESTRO LARRUGA)

Vamos... ¿á que no?...
¿Qué va á que ninguno
sabe quién soy yo?

Si me ofrecen no contarlo
les descubro mi secreto.
¿Lo aseguran formalmente?
Pues ahí va... pero ¡silencio!

Que no haya entre ustedes
ningún hablador:
no olviden que han dado
palabra de honor.

Yo soy... me parece que no hay que decirlo:
lo dice cualquiera con verme no más.

¿Quién tiene estos brazos? (¡Fijarse, señores!)
¿Quién tiene este cuerpo? ¿Quién tiene esta sal?
Con aire como este, con estos andares,
con estos contornos tostados del Sol,
con estas hechuras de reina africana,
—perdonen ustedes—no hay otra que yo.

Soy la flor de las torres
de Andalucía;
la mejó, la primera
de las hermosas.
¿Dónde hay otra que tenga
mi gallardía,
ni á sus pies aquel río
y aquellas rosas?
En un pueblo muy blanco
sobre el que brillo,
me admiran por lo esbelta,
por lo moruna...
¡En lugar del muñeco
del Giraldillo
deberían ponerme
la media lunar!
Soy como la peineta
de una mantilla
y es la ciudá toa entera
mi regia falda;
la palmera que un ángel
plantó en Sevilla...

Vamos... pa que lo sepan:
¡soy la Giralda!

Pero... mucho silencio
porque yo m'he escapao.
Ayer noche en Sevilla
todo estaba apagao.
Yo pensaba: "aquí arriba
nadie mira á esta hora;
repicá de campanas
no lo habrá hasta la aurora"...

Vamos allá:
por que me eche un paseo
¿quién va á decirme na?
Pasó un zepelinciyo;
m'agarré á é,
y dije: "¡á ver er mundo!...
¡yo lo quieó vé!"

Y aquí estoy ya de vuelta.
¡Jesú, lo que yo he visto!
Berlín, Getafe, Londres,
La Algaba, Viena, Pinto.
La mar de cosas grandes,
la mar de maravillas,
¡la mar!... pero ninguna
mejó que mi Sevilla.
Lo que es eso no.

de Sevilla ar Cielo
y sansacabó.

He visto entre otras cosas
—allá en París está—
una torre mu alta
y mu destartalá.
La torre Eifé, le dicen:
no sé por qué será.
si Eifé es cosa buena...
Eifé no hay más que acá.

No hay torre en er mundo,
si yo me presento,
que no se avergüence
de rabia y de celos.
¿A ver dónde hay otra
con tanto salero,
que tenga esta gracia,
que tenga este cuerpo,
y abajo más flores
y arriba aquel cielo?

Pero... Jesú, Dios mío:
ya rompe el alba...
Mi repique en Seviya
va haciendo farta.

Basta ya de paseo.
Vamos pa casa.

¡Campanas de la Giralda,
campanas, campanas mías,
hasta que sonáis vosotras
no hay en er Mundo alegrial

Tin-tan, tin-tan,
tin-tan, tin-tan...

Va viniendo er día:
desde el campanario
se va viendo el pueblo,
se va viendo el campo,
el uno mu verde
y el otro mu blanco...
Paece que despiertan
riendo y cantando...
Con mis campanitas
yo los acompaño...

Tin-tan, tin-tan,
tin-tan, tin-tan...

En Sevilla amanece
siempre de fiesta
porque soy yo, yo sola
quien la despierta...

.....

Tin-tan, tin-tan,
tin-tan, tin-tan...

Soy como la peineta
de una mantilla
y es la ciudá toa entera
mi regia falda;
la palmera que un ángel
plantó en Sevilla.
Vamos... pa que lo sepan:
¡soy la Giralda!

GENEROSIDAD

—¿Conque á ser mi yerno aspiras
y no me hablaste jamás?—
dijo el banquero don Blas
á su dependiente Miras,

y éste, asustado y confuso,
al sentirse descubierto:
—He sido ambicioso, es cierto;
perdóneme usted—repuso.

Pero su buen principal
le contestó, sin mal tono:
—No te excuses: te perdono;
tú eres un mozo formal.

Siempre fuiste honrado, tierno,
juicioso, listo, prudente;

en fin, chico, francamente:
que me gustas para yerno.

Miras, mientras lo escuchaba,
juzgando su dicha incierta,
como un hombre que despierta
los ojos se restregaba;

pues tanta felicidad,
por inesperada y viva,
le resultaba excesiva
para que fuese verdad.

Don Blas, risueño y francote,
prosигuió:—Si te conviene,
ya lo sabes, mi hija tiene
cuatro millones de dote,

y como también sabrás
que no tengo otra heredera,
el día en que yo me muera
tendrá cinco veces más.

Por otra parte, Lucía
es discreta, es elegante...—

Miras, convulso, anhelante,
iba á hablar y no podía;

pues ante ventura tanta,
que nunca pudo prever,
la gratitud y el placer
le secaban la garganta.

Don Blas, sin ver su emoción,
siguió:—Pero, aunque te aflija,
debo decirte que mi hija
nunca tuvo corazón...

Y Miras, con voz sincera,
generoso por demás,
repuso: —¡Por Dios, don Blas...!
No importa... ¡Aunque lo tuviera...!

LA HUERTA VALENCIANA

Un angelillo hablador
de la legión que Dios guía,
revoloteando un día
en torno del Hacedor,

le preguntó de improviso
con infantil desparpajo:

—Dime, Señor, allá abajo,
¿ya no existe el Paraíso?

—Cuando el hombre me ofendió—
dijo Dios con faz severa—,
para que más no le viera
mi mano lo destruyó.

Y el angelillo curioso
insistió con terquedad:

—Perdona; pero ¿es verdad
que era un vergel tan hermoso?

—Lo mejor que supe hacer—
dijo el que todo lo llena.

Y añadió el ángel:—¡Qué pena,

que yo no lo pueda ver!

Házmelo Tú contemplar,
oh Dios generoso y fuerte.

—Voy á ver, por complacerte,
si lo puedo recordar.

Esto diciendo, el Señor
tomó con su propia mano
la ancha planicie de un llano
de incomparable verdor.

Del agua por las riberas,
entre huertos y arrozales,
lo bordó de naranjales,
lo salpicó de palmeras;

dió á cada heredad lindero
con el festón del azahar,
haciendo de él á la par
alcatifa y pebetero...

Para que libaran mieles
las abejas rumorosas
cercó con bosques de rosas
almácigas de claveles,

y para hacer más completa
la fragancia del bancal,
donde dió fin al fresal
dió principio á la violeta.

Puso, como pobladores
de plantíos y enramadas,
las mariposas doradas
y los pardos ruiñeños,
y, en fin, para terminar

su cuadro el Sumo pincel
con un marco digno de él,
le puso por fondo el Mar.

Mar que es dosel y guirnalda
del admirable retiro,
muy verde siendo zafiro,
muy azul siendo esmeralda...

.....
.....
.....

Mirando al Supremo Juez
dijo el ángel satisfecho:
—¿De modo, Señor, que has hecho
el Paraíso otra vez?

Y de Dios la omnipotencia
contestó al rapaz alado:
—Sólo el nombre le he cambiado:
ahora se llama Valencia.

JUAN Y PEDRO

Pedro y Juan eran hermanos,
pero al morirse los dos,
quedaron sus dos familias
en distinta situación.
Pedro, que siempre fué pobre,
sólo á la suya legó
un nombre limpio y austero
por patrimonio y honor,
mientras Juan, que era muy rico,
dejóla con profusión
fincas, haciendas, palacios
y mil cosas de valor.
Pedro se fué de este mundo
sin que nunca humana voz
echarle en cara pudiera
una sola mala acción;
pero de Juan las acciones
eran de un orden mejor,
por ser de las emitidas

por los bancos de emisión.
Pedro era modesto, honrado,
dulce, de apacible humor;
Juan, iracundo, altanero,
mulhumorado, feroz.
Pedro era caritativo;
Juan, seco de corazón;
uno siempre daba á todos;
otro nunca á nadie dió.
Para aquél, los desgraciados
eran los hijos de Dios;
para éste, el pobre era objeto
de usura y explotación.
Y como dando el primero
cuanto tenía perdió,
mientras guardando el segundo
fué de Crespo emulador,
uno vivió miserable,
otro en alta posición,
y el uno dejó millones
y el otro nada dejó...

La gloria, pródiga siempre
con quien logra su favor,
que da á todo el que lo gana
merecido galardón,
dió á Juan en muerte y en vida
tenazmente su favor,
con idéntica constancia

que á Pedro se lo negó.
Juan, aun muerto, "fué un gran hombre",
según pública opinión;
Pedro, ni muerto ni vivo
pasó de "un pobre señor".
Hasta los hijos de entrambos,
de su juicio en la expresión
marcaban la diferencia,
salvando el filiar amor;
porque mientras los de Pedro,
del malestar siempre en pos,
decían á todas horas,
como postrera oración:
"Nuestro padre no fué malo,
pero tuvo un gran error;
dió siempre, no guardó nunca...
¡Qué estupidez! Nos perdió";
los de Juan, nadando en oro,
repetían con fruición:
"¡Qué genio el de nuestro padre!
¡Qué afecto tan previsor...!"

.....
¿Verdad que la gloria humana
es digna de admiración?

EL MERCADO DE LA VIDA

El gran mercado se abría,
y en él, por larga costumbre,
la inconsciente muchedumbre
como un enjambre bullía.

Entre el loco desconcierto,
“¡Placer! ¡Yo vendo placer!”,
pregonaba una mujer
con el semblante encubierto.

Ciego tropel, clamoroso,
se empujaba por llegar,
queriendo todos comprar
el fruto dulce y sabroso,
sin ver en la confusión
que encima del puesto aquel
decía un viejo cartel:

“Aquí vende la ilusión”.

“¡Riqueza! ¡Poder! ¡Honores!”,
otra mujer pregonaba,
á la que también cercaba
un tropel de compradores.

Arrebatábanle todo,
sin mirar la mercancía,
que muchas veces tenía
manchas de sangre ó de lodo.

Sobre el puesto, un cartelón
publicaba á todas horas:
"Gran saldo. Dos vendedoras:
la Codicia y la Ambición".

Iba la turba y venía,
todos, grandes y pequeños,
desde el puesto de los Sueños
al puesto de la Alegría;

aquí comprando Esperanzas,
allá Brillantes ó Flores;
aquí Juventud y Amores,
allá Gloria ó Bienandanzas,

cuanto á los goces convida
por grato, dulce ó suave,
y se vende en la ancha nave
del mercado de la Vida.

Sólo un puesto abandonado,
al que nadie se acercaba,
con los demás contrastaba
en el inmenso mercado.

¿De qué era el puesto, que así
ahuyentaba al mundo entero?
Ya lo decía el letrero:

"¡La Verdad! Se vende aquí".

Y como, generalmente,
la Verdad es fruto amargo,

pasaba ante ella de largo,
sin preguntar más, la gente.

Detúvose un comprador,
sin duda de alma inexperta,
ante la dama encubierta
que guardaba el mostrador,
y le dijo por piedad
al ver que á nadie vendía:
—A poder ser, compraría
un poco de esa Verdad.

La dama, alzando los brazos,
contestó de esta manera:

—La Verdad se vende entera;
yo no la tengo en retazos.

—Pues si entera me la da,
venga, que llevarla anhelo.

—Oculta por este velo
que cubre mi rostro está.

—Dádmela pronto y completa,
puesto que el caso es tan llano...

—La tocaréis con la mano
si me arrancáis la careta.

—¿Yo he de ser?

—Con pulso fuerte.

¿Seréis capaz?

—Soy capaz.—

Arrancóle el antifaz
y se encontró con la Muerte.

EN SANTIAGO DE COMPOSTELA

I

De la vieja ciudad abandonada
me deslumbró la espléndida poesía...
¡Otra edad á mis ojos renacía
en sus nobles vejece encarnada!

¡Leyenda escrita en piedra repujada
de heroísmos, de triunfos, de hidalguía,
que al corazón turbaba y conmovía
por grande, por gloriosa y... por pasada!

Las turbas del Islam... la ruda guerra...
la reconquista de la hispana tierra...
la Cruz... el Ideal, en todos fijo...

Y del cielo en el término lejano
el apóstol guerrero, espada en mano,
á escape en su corcel hacia Clavijo...

II

Mas no fué solamente la grandeza
de aquella noble majestad caída
la que mantuvo al alma embebecida
en la contemplación de su belleza.

Pronto la realidad con su impureza
abrió en mi pecho dolorosa herida,
al hacerme sentir su sacudida
del contraste la trágica tristeza.

Arriba, por las torres coronado,
el templo santo, orgullo del creyente...
¡la sombra de las glorias del pasadol...

Abajo, con lo pobre por ambiente,
un pueblo solo, triste, abandonado...
¡la imagen de las penas del presentel

¿QUIÉN TE MALDIJO, DOLOR?...

¿Quién te maldijo, Dolor?
¿Por qué se execra tu nombre?
¿Por qué produces horror,
siendo el amigo mejor
que tiene en la Tierra el Hombre?

¿Por qué del hado fatal
se te toma por castigo,
si eres premio del mortal?
El Mal es nuestro enemigo.
El Dolor va contra el Mal.

Lo que lamenta el cuitado
para quien el Sol no luce,
por la adversidad cegado,
es verse de un bien privado,
no el dolor que le produce.

Todo el que se siente herido,
del Dolor en el regazo
busca refugio escondido,
porque el Dolor es el lazo
que le liga al bien perdido.

Alma que consuelo implora
sólo llorando halla el modo
de recobrar lo que añora,
que un bien por el que se llora
no está perdido del todo.

Tiene el cristal poder tal
en su velo seductor
que embellece lo trivial.
Por eso el llanto es cristal...
¡para hacer bello al Dolor!

Desgraciado á quien condena
un destino adverso y triste,
guarda y no sueltes tu pena;
no rompas esa cadena
que te ata al bien que perdiste.

No busques la paz impía
de un placer engañoso;
toma á tu dolor por guía,

que en el fondo del dolor
hay una santa alegría...

Liba en él esa ventura
que sólo se encuentra en él;
abeja paciente y dura,
labra tú mismo la miel
con que endulces tu amargura.

Flores y almas, riego santo
piden que les preste brío,
perfume, calor, encanto...
¡Pobres flores sin rocío
y pobres almas sin llanto!

PARA CONCHITA

Antes el sol faltaría
á dar su luz en la esfera
que á ti faltarte pudiera
mi recuerdo en este día.

Te lo juro: el corazón
siente esa necesidad...
Yo, cuando digo "amistad",
casi digo "religión",

y unidos en lazo eterno
están, Conchita gentil,
los capullos de tu abril
con las nieves de mi invierno.

Días hace que me grita
tu recuerdo, siempre alerta:

“despierta, Musa, despierta,
que es el santo de Conchita”,

y como si sus verdores
le devolviese ese grito,
el rosal seco y marchito—
ya lo ves — vuelve á dar flores.

No las tengo por hermosas
ni las aceptes por tales,
que nunca mustios rosales
produjeron frescas rosas,

pero á las que sin jactancia
hoy mi afecto te procura
lo que les falta en frescura
tal vez les sobre en fragancia,

pues rosas que son venero
de un perfume siempre igual,
no las da más que un rosal:
el del cariño sincero.

.....

Te ofrezco—y nunca mentí—
que siempre, siempre este día,
el rosal de mi poesía
dará una flor para ti,

que á decirte “sé dichosa”
irá con arrullo tierno
mientras el último invierno
no seque la última rosa.

ERROR DE NÚMEROS

(1800-1900)

Cuando escribo—y no hay que hablar
de que estoy siempre en la brecha,
pues escribo sin cesar—
me causa el poner la fecha
una impresión singular.

Del tiempo pasado evoco
los ya lejanos momentos,
y como me vuelvo loco,
casi siempre me equivoco
y pongo “mil ochocientos”...

Al viejo siglo olvidado
en cuyo seno he vivido
me encuentro siempre ligado
y pienso que aun no ha pasado
la centuria en que he nacido.

De esta mentida ilusión
mi pluma impulso recibe,
y en la extraña confusión
"mil ochocientos"... escribe,
no la mano, el corazón.

¡Mil ochocientos!... ¡Ayer!...
¡La vida sin sufrimientos!...
¡El Sol sin anochecer!...
Es decir, todo el placer
que huyó del mil novecientos.

¿Quién un pecado tan leve
toma por grave deslíz
ni á castigarlo se atreve,
cuando ser ocho ó ser nueve
es ser ó no ser feliz?

¡Ochocientos!... La niñez,
las horas siempre serenas,
la fuerza, la placidez...
¡Novecientos!... La vejez,
los desengaños, las penas...

Entre ambos siglos viví
y ambos van de mí detrás,
diciéndome siempre así:

el uno, "naciste en mí";
el otro, "en mí morirás".

¡Morir! La humana pelea
siempre es germen de tormentos.
Me engañé... Cambio de idea...
Si muero en él, tal vez sea
mejor el mil novecientos.

LA TORRE DE LA VELA

I

Este es el cuadro. Bajo el Sol que brilla
se abarca desde aquí de una mirada.
En su corcel, de picas rodeada,
está la egregia reina de Castilla.

Llega el rey moro; dobla la rodilla;
entrégale las llaves de Granada,
y alzan en esta almena venerada
la cruz Mendoza y el pendón Tendilla.

Resonando en los ámbitos lejanos,
"Granada por los reyes castellanos"
dice una voz que á la del trueno encela,

y al pie de este bastión, que el Darro baña,
nace la grande, la inmortal España,
la España de la torre de la Vela.

II

Bajaba yo del torreón sagrado,
juntando en mi memoria tristemente
flojedades y penas del presente
con grandezas y glorias del pasado,

cuando del negro muro desconchado
naciendo entre los huecos, vi pendiente
un cortinón de yedra floreciente
de capullos de rosa recamado.

¡La vida con la muerte se mezclaba!
La rota torre por sus grietas daba
savia y aromas á la flor bermeja...

¡Aquella enredadera parecía
como una España nueva que surgía
sobre las ruinas de la España vieja!

UNA HORA DE VIDA

Por ver si remedio alcanza
el mal con que nos apura
la infecta salpicadura
de la universal matanza,

de mejor recurso falto,
nadie halló más expediente
que el de hacer que de repente
pegara el reloj un salto.

Yo encuentro que tal medida
no se ha debido adoptar,
porque ha sido renunciar
á una parte de la vida.

Esa hora que hemos perdido,
¿dónde fué á parar? Se ignora;

sólo sé que es una hora
que yo, al menos, no he vivido,

y... ¡quién sabe si sería
la que el alma siempre espera,
la hora que al fin le trajera
todos los bienes que ansía!

De la guerra amargos frutos
son éstos que hemos cogido...
¿Dónde se fueron? ¿qué ha sido
de esos sesenta minutos?

Tiene esta vida azarosa
muchas horas sin fortuna,
y es fácil que al perder una
se pierda la venturosa.

La cuenta de mi vivir,
que así de pronto ha mermado,
¿quién la liquida? ¿el pasado?
¿el presente? ¿el porvenir?

¿Cómo el saldo encontraré
faltando la hora perdida?

¿Es que la doy por vivida
ó es que no la viviré?

Yo no quiero abandonar
un legítimo provecho...
¡No quiero! ¿Con qué derecho
me lo vienen á quitar?

Mas no... La causa es notoria,
y no es castigo, es favor,
quitar una hora ilusoria
á las horas del dolor
más trágico de la Historia.

¿DOLOR?... ¿OLVIDO?...

Dijo el Dolor al Olvido:
—¿Por qué desdeñas así
á quien nunca te ha ofendido?
Tú, que á todos te has rendido,
¿no quieres rendirte á mí?

Yo te vi romper blasones,
borrar sagradas memorias,
desvanecer ilusiones,
y transformar corazones,
y hundir grandezas y glorias.

Yo te vi, siempre traidor,
trocar en débil lo fuerte,
y en vencido al vencedor,
y escarnecer el amor,
y burlarte de la muerte.

¿Por qué, si á todos te entregas,
cuando yo tu auxilio imploro
en horas de angustia ciegas,
ves que maldigo y que lloro
y á consolarme te niegas?

Y contestóle el Olvido:
—¡Vive Dios, Dolor humano,
que eres desagradecido!...
¿Cuándo decir has podido
que te dejé de mi mano?

Yo fui siempre en pos de ti;
mi brazo tu apoyo fué;
si me llamaste acudí,
y donde llorar te vi
tus lágrimas enjugué.

La ausencia, el engaño, el luto,
te parecen un infierno
y son bien leve tributo...
¡Te consideras eterno
porque duras un minuto!...

¡Dolor, mal que ni aun se siente!...
la humana soberbia loca
te sublimó injustamente:

quieres fingir que eres roca
y eres humo inconsistente.

Tú te podrás ufanar
de ser lo que quieres ser
cuando sepas perdurar,
cuando consigas vencer
la flaqueza de olvidar...

Mientras yo viva, en rigor
serás lo que siempre has sido:
un disfraz engañador;
porque si existe el Olvido,
es que no existe el Dolor.

LA NOCHE

Sube del valle densa neblina,
que va ascendiendo por la colina,
que cuanto toca borra al pasar;
todo se esfuma, todo se empaña...
Sólo los picos de la montaña
besa el reflejo crepuscular.

Vagos contornos toma el paisaje,
como si un velo de espeso encaje
fuese cubriendo llano y alcor.
Es la tristeza de la agonía;
es el solemne morir del día...
¡Siempre la sombra sigue al dolor!

Apaga el campo sus mil ruidos...
Ecos de esquilas y de balidos
llegar parecen de otro confín;

como una queja se oye distante
la inquietadora voz vigilante
con que á lo lejos ladra el mastín.

La azada al hombro, por el camino,
hacia la aldea va el campesino,
buscando el sueño reparador;
por el atajo, de heno repleta,
tras el boyero va la carreta
con su chirrido desgarrador.

Delata al pueblo, próximo al río,
la luz dudosa del caserío;
las chimeneas, al humear,
la cena anuncian, parca en manjares,
y entre las copas de los pinares
remeda el viento la voz del Mar.

Se va quedando como dormida
la tierra toda, falta de vida;
perdió su pulso la vibración...
¡Ya ni en la vieja torre lejana
la voz augusta de la campana
llama á los buenos á la oración!

Nada se escucha, nada se advierte...
La noche es sombra, la noche es muerte:

casi el vacío, casi el no ser...

Pero ¿qué importan duelo y tristeza
si la mudable Naturaleza
tendrá mañana su amanecer?

.....
.....
.....

Como la tierra, que ejemplo ofrece,
también la vida, cuando atardece,
seres y cosas borra al pasar:
tanto en las almas, como en la tierra,
sobre los valles la noche cierra
tras la penumbra crepuscular.

Y, ¡ay!, esa noche triste y oscura
va destruyendo cuanto es ventura,
va disipando cuanto es amor,
y al ir cubriendo la lontananza,
donde se encuentra luz y esperanza
deja en su puesto sombra y dolor.

Noche medrosa, noche sombría,
sin la promesa de un nuevo día
que reverdezca dichas de ayer;
sin una aurora siempre cercana...
noche implacable del alma humana,
¿por qué no tienes amanecer?

DE SEVILLA, AL CIELO

¿Eh? ¿Que no tienes hogar,
ni familia, ni placeres,
ni amigos, ni bienestar?
Pues te voy á demostrar
que estás así porque quieres.

¿Que nadie al que sufre escuda,
ni presta al pobre dinero,
ni al necesitado ayuda?
Todo eso es verdad, sin duda,
pero... También hay un pero.

La ley que invocando estás,
y que es afrenta y mancilla
del Mundo entero quizás,
hay un pueblo, uno no más,
donde no rige: Sevilla.

¿Que te encuentras fatigado
de luchar y de sufrir?
¿Que te sientes desgraciado?
Pues... á Sevilla á vivir,
y eso se habrá terminado.

¿Casa? Con facilidad
sin tener casa se pasa,
y está con comodidad
el que habita una ciudad
que no es más que una gran casa.

¿Quién—realidad ó ilusión—
estar solo allí concibe?
Aquello no es población:
es un hogar, un rincón,
donde en familia se vive.

No hay allí las anchas vías
de cualquier pueblo vulgar:
sus mismas calles sombrías,
¿qué son más que galerías
de la casa familiar?

Otras calles, en rigor,
no existen, no se han trazado:
Sevilla es un interior,

pero un interior templado,
íntimo y encantador.

¿Amigos? De las tristezas
del que vive sin abrigo
no temas las asperezas:
en Sevilla es un amigo
todo aquel con quien tropiezas:

porque pasas de repente
de un desconocido al lado,
y te habla tan cordialmente
que piensas que has encontrado,
más que un amigo, un pariente.

Y con él te puedes ir,
sin vacilar ni temer,
seguro del porvenir,
pues... no tendrás qué comer,
pero tendrás qué reir.

Pedir más es gollería,
donde el placer se desborda
por doquiera noche y día:
con buen humor y alegría,
hasta sin comer se engorda.

¿Que eres buen aficionado
al sueño, como español?
Pues se duerme en cualquier lado:
no hay manta como aquel sol
para dormir abrigado.

Y á quien ya durmió sin tasa,
ni le ofende ni le humilla
no tener lecho en su casa:
habiendo una guitarrilla,
la noche pronto se pasa.

¿Que del cariño el calor
de ambicionar nunca dejas,
impaciente y soñador?
Pues te van brindando amor
por donde pasas las rejas;

rejas con vivos caireles,
de nardos y malvas locas,
rejas floridas, vergeles
donde parecen las bocas
hermanas de los claveles.

En fin, para concluir,
que Sevilla es un lugar
donde se puede vivir

sin tener y sin pedir,
sin dinero y sin hogar.

Vete allí, si estás de duelo,
si con ansia justa y cuerda
buscas á tu mal consuelo,
porque... de Sevilla, al Cielo,
aunque en el cambio se pierda.

YO COMPADEZCO AL DICHOSO...

Porque así me lo ha enseñado
un vivir largo y penoso,
yo compadezco al dichoso
mucho más que al desgraciado.

Quien la zarpa ciega y dura
sintió de la adversa suerte,
ya sufrió el golpe, ya es fuerte,
por su misma desventura;

ya tiene, para mirar
sin temor al porvenir,
la ventaja del sufrir,
que es el placer de llorar;

pues del humano quebranto,
compadecido un Dios bueno,

antídoto del veneno,
junto al dolor puso el llanto.

En cambio, quien sin temor
la dicha goza más pura
lleva en su propia ventura
la semilla del dolor;

pues ese mismo placer
que su vida endulza y llena
ya va incubando la pena
de tenerlo que perder.

Todo placer es sabido
que está á morir condenado,
y es menos dulce gozado
que doloroso perdido.

Yo no veo á un amador
satisfecho en su deseo
sin pensar mientras le veo:
¡Pobre amante! ¡Pobre amor

¿Qué fin prepara en su daño
á esa ventura la suerte?

¿Será la traición... la muerte...
el olvido... el desengaño?...

¡Quién lo sabe! ¡Quién lo augural!
La única cosa evidente
es que la dicha presente
será desdicha futura.

Si al que encumbra la victoria
miro subir sin cesar,
pienso: ¿se puede buscar
felicidad en la gloria?

Fama, grandezas, poder,
¿quién os puede perseguir?
¿Vale el placer de subir
la amargura de caer?

Si contemplo, absorto y fijo,
con mirada enternecida,
lo más bello de la vida,
la madre que besa al hijo,

el alma en dolor se enciende
de aquel cuadro ante el edén,

porque el niño goza un bien
que ni estima ni comprende,

y esos besos, despreciados
por la niñez pasajera,
son luego la vida entera
por el huérfano llorados;

que es ley triste y singular
aun del materno querer,
que se tenga que perder
para poderlo apreciar...

En todo igual la experiencia
nos da lección tan penosa:
la juventud se hace hermosa
al declinar la existencia;

siente más sed de sosiego
quien lleva más dura cruz,
y para nadie es la luz
más bella que para el ciego.

.....
.....
.....

¡Fuera la falsa ventura
que nos deslumbra y nos miente,
que en cada dicha presente
guarda una pena futura...!

Prefiero el dolor cruel
que cura al tiempo que daña,
que no muda, que no engaña,
que es siempre un amigo fiel...

El bien nunca ha perdurado;
el dolor es el reposo...
Yo compadezco al dichoso
mucho más que al desgraciado.

ARMONÍA ROTA

Era la plenitud de la Belleza,
del goce de vivir, de la alegría;
era un mundo sin males ni tristeza...
La hora... la vega... Mulhacén... Granada...
Jamás tuvo el vergel de Andalucía
tarde de Abril más bella y regalada.

En el aire el contento se bebía,
si era aire aquella orgía
de luz y de colores,
perfumada por nardos y por rosas,
que brillantaba el Sol con sus fulgores,
entre nubes de inquietas mariposas
y un concierto sin fin de ruiseñores.

De aquel atardecer de primavera
en la paz venturosa, todo era

fecundidad y amor.

Pródigamente
en llanos y en montañas
daba la Tierra, madre providente,
el tesoro encerrado en sus entrañas,
y por valles y lomas,
con pujante y hermosa lozanía,
vertiendo mieles y esparciendo aromas,
muerta la flor, el fruto aparecía...
El doliente gemido
con que arrullan sus cuitas las palomas
en el bosque escondido,
en el sereno ambiente susurraba
como un suspiro de inefable anhelo,
como un canto de amor... y todo amaba:
la flor, el ave, el Sol, la Tierra, el Cielo...
Era un solemne instante
de encanto, de dulzura, de tibieza,
de goce universal.

Naturaleza
mostraba al hombre su esplendor triunfante,
para que ante su mágica hermosura
juntase, satisfecho y admirado,
la plena sensación de la ventura
á la plena beldad de lo creado.

Turbando mi alborozo
y aquella paz bendita,
llegó á mi oído el eco de un sollozo...

¿De qué pecho salió? ¿Quién lo lanzaba?
¿Qué tormento, qué cuita
dentro de aquel gemido se encerraba?
Nunca lo averigüé. Grave ó ligero,
era un sollozo al fin... ¿Qué me importaba
que fuese perdurable ó pasajero?
Lanzáralo la voz de un delincuente,
de una madre afligida
ó de un niño inocente
(que el llanto está en la puerta de la vida),
era un dolor su origen y su fuente,
y bastaba un dolor, uno cualquiera,
para que ante mis ojos de repente
aquel cuadro de luz se ennegreciera.
Todo el supremo encanto
del tibio atardecer lo destruía
el eco doloroso de aquel llanto...
¿Qué importa que la luz los orbes dore
y aliente la Creación y el Mundo ría,
mientras exista un ser que sufra y llore?

Señor, quita los astros de tu alfombra;
deja apagarse el lumínar del día
y envuelva al Mundo impenetrable sombra...
Que no arrullen las tórtolas amantes;
quédense sin verdor colina y llano
y el rocío sin perlas ni brillantes...
pero... ¡pon fin al sufrimiento humano!
De todo cuanto existe la belleza

pierde á la vez su encanto y su aureola
al surgir una nube de tristeza.
¿Ha de sufrir el Hombre eternamente?
¡Mientras corra una lágrima, una sola,
tu obra no está completa, Dios clementel

CUESTION DE INDUMENTARIA

Bien por instinto anormal
ó bien porque la Poesía
no va con el traje actual,
á mí me parece mal
la indumentaria del día.

Al recuerdo incitador
de otras épocas acudo,
y hallo que el hombre—¡qué horror!—
iba vestido mejor
cuando iba... medio desnudo.

El troglodita valiente
con una piel de leopardo
sobre la espalda pendiente,
era, sin duda, imponente,
pero era, al menos, gallardo.

Unas pieles siempre dan,
cuando el viento las agita,
cierta gracia al ademán...
¿Se concibe al troglodita
con chistera y con gabán?

¿Hay prenda más necesaria
que una toga á quien desfoga
su elocuencia extraordinaria?
O Cicerón va de toga
ó... adiós la catilinaria.

Sin ella ni el genio brilla,
ni hay romanos que se ablanden,
ni el traidor huye ó se humilla.
¡No es posible el *quousque tandem*
con un chaquet de trencilla!

Pues ¿y aquellos trovadores
que ante un castillo almenado
iban á cantar amores,
el laúd al pecho cruzado
sobre un jubón de colores?

Quítese al juglar parlero
calzas, gorguera y justillo,
largo borceguí de cuero,

las plumas del birretillo
y el gavián del acero,

y á ver si hay doncella ó dama,
envuelta en tupido manto
y ardiendo en amante llama,
que salga á escuchar el canto
de un trovador... con pijama.

En la indumentaria están
las prendas del personaje,
sobre todo si es galán...
¿Quién es el Amor? Don Juan.
¿Y quién es Don Juan? Su traje.

Gorrilla con blanco airón,
roja banda, limpia gola,
acuchillado jubón
y larga capa española
que levanta el espadón.

Por ese traje es quien es.
Don Juan, si en vestir se empeña
el nuevo *smoking* inglés,
ya no roba á Doña Inés...
¡qué á Doña Inés...! ¡Ni á la dueña!

Todo pide por igual,
cuanto es de grandeza fuente,
su indumentaria especial,
y á todo le sienta mal
la indumentaria corriente.

¿Platón no es grande en extremo?
¿Su ciencia noble y bendita
no hizo al Mundo un bien supremo?
Pues ni Platón ni Academo
resisten una levita.

¿El Cid no nos arrebató
cuando, en la sangrienta lid,
vestido de hierro mata?
Pues... zapatillas y bata,
y se acabó con el Cid.

¡Cuántas cosas que no he sido
yo hubiera podido ser
sólo con no haber tenido
la desgracia de nacer
esclavo de este vestido!

Si á mí de niño me dan
un buen almete acerado,
ó á lo menos un castán,

tal vez me hubiera llamado
Carlomagno ó Gengis-Kan.

¡Ay! Cuando cada mañana,
por ser lo que ahora se usa,
me pongo la americana,
quisiera de buena gana
ponerme el jaique ó la trusa.

Tengo empeño de romper
con la indumentaria actual
y renovar la de ayer.
¿Por qué no había de ser
todo el año Carnaval?

MELANCOLIAS

¿Que por qué estoy triste,
que por qué padezco,
cuando todo es dulce,
cuando todo es bello,
cuando Abril asoma
fecundo y risueño,
y el campo de flores
se cubre de nuevo,
y cantan los nidos,
y arrullan los vientos,
y el aire es perfume,
y el Sol es incendio,
y visten de gala
la Tierra y el Cielo?

Porque la hermosura
no está en lo que vemos,
sino en la mirada,
del alma reflejo.

Tú encuentras hermosos
parajes y objetos
porque miras fuera
lo que llevas dentro;
para mí lo blanco
se convierte en negro
por las negras sombras
que en el alma llevo.
No es lo que miramos
lo hermoso ó lo feo,
sino nuestros ojos,
que lo ven... sin verlo.
Fulgores de Mayo
tú llevas en ellos;
yo llevo en los míos
tristezas de invierno.

¿Que por qué estoy triste,
que por qué me quejo,
cuando tú te sientes
feliz por completo
y piensas que á todos
alcanza tu ejemplo?
¡Ay! Porque tú tocas
el fugaz momento
que en la dicha humana
marca el apogeo,
y está la ventura,
tras la que corremos,

para ti muy cerca,
para mí muy lejos.
Tú estás esperando,
como el bien supremo,
la alegre llegada
del dulce viajero,
del Príncipe Blanco
que forjó tu ensueño,
del que manda el Hada
de un remoto imperio,
y trae en sus manos,
de amor mensajero,
corona de flores
con nimbo de besos.
También á mí un día,
colmando mi anhelo,
un hada piadosa
me trajo igual premio;
también la Princesa
de rubios cabellos
de Oriente en mi busca
llegó en otro tiempo,
y también traía
con su amor primero
de dichas y goces
brillante cortejo.
Pero ya en el alma
¿qué resta de aquello...?
¡El vivo y punzante
dolor del recuerdo!

¿Que por qué estoy triste,
cuando estamos viendo
que despierta el día
tras los verdes cerros
y que el Sol derrama
luz, vida y consuelo?
Porque tú imaginas
que ese Sol benéfico
sale para todos,
grandes y pequeños,
y el Sol nunca sale
sino para aquellos
cuyas alegrías
crecen á su fuego;
para los vencidos
del destino adverso,
su luz bienhechora
no brilla en el Cielo.
Para mí se puso
siglos hace creo,
y... aun no ha amanecido
desde aquel momento.
Sol de mi ventura,
¿no saldrás de nuevo?

PROFANACION PIADOSA

En unión santa y hermosa
juntaba Pepín Rivera
á una sangre muy torera
una gran fe religiosa,

y entró de banderillero
en la cuadrilla del *Cacho*,
otro excelente muchacho,
ya famoso novillero.

Salió por primera vez,
acompañando á su espada,
en una gran novillada
de la plaza de Jerez,

y antes de pisar el ruedo—
donde, según repetía,

aún no salió ni saldría
toro que á él le diese miedo—,

sereno al par y contrito,
por piadosa precaución,
fué á buscar la protección
de un viejo Cristo bendito,

noble imagen de madera,
clavada en cruz afrentosa,
que juzgaba milagrosa
todo el buen pueblo de Utrera.

Bien abroquelado al fin
contra algún lance imprevisto...
(que entre su *ciencia* y el Cristo
seguro estaba Pepín),

más bravo que Don Quijote,
con su traje verde y oro,
al salir el primer toro
le tiró el primer capote.

No contó el pobre Rivera
con que, por feroz capricho,

le soltaran en un bicho
la corrida toda entera.

Lo que salió del toril
no era un toro, que eran tres...
¡Y qué cuernos...! ¡Y qué pies...!
Vamos, ni el ferrocarril...

Ante aquella exhalación
dijo Pepín, dando un grito:
"¡Sálvame, Cristo bendito...!"
y se tiró al callejón.

Desde allí, según hablillas,
pero de gente formal,
vió morir al animal
y arrastrarle las mulillas,

y aunque vió bien y á cubierto
del *Cacho* la brega ruda,
él se quedó con la duda
de que el toro hubiese muerto,

pues aquella noche es fama
que, al irse á acostar rendido,

miró si estaba escondido
tras la colcha de la cama.

.....

Bajo la imagen severa
del Justo crucificado,
que de exvotos rodeado
la fe de un pueblo venera,

como la ofrenda bendita
de la piedad de un creyente,
hay un gran cuadro pendiente
que es la *joya* de la ermita.

Un hombre corriendo escapa,
un toro le embiste fiero,
y entre el toro y el torero
Cristo entra... ¡y abre la capal

NUEVA CRUZADA

I

“¡Dios lo quiere!”, es el grito... La llamada
lanza una voz profética y bendita,
y el humano turbi6n se precipita,
la cruz al pecho y con la cruz la espada.

Ver la tumba del Justo rescatada
es el divino anhelo que la excita,
y en la historia del Mundo queda escrita
la página inmortal de la Cruzada.

La ola sube, se encrespa, se desborda,
llega á la tumba de Jesús... La horda
consigue un triunfo de sin par renombre...

¿Por qué no hay quien la dome ni la tuerza?
Porque de un ideal toma su fuerza...
¡y sólo el Ideal da el triunfo al hombre!

II

Otro viejo sepulcro pide hoy día
ser de manos infieles rescatado:
el sepulcro ruinoso y olvidado
del honor, de la fe, de la hidalguía.

Por meta el goce, el interés por guía,
vive el hombre en la prosa encenagado,
y apenas es reliquia del pasado
lo que ennoblece al alma: ¡la Poesía!

Hay que buscar, huyendo de oropeles,
el alivio del mundo y de sus males
de una nueva Cruzada en los laureles:

la cruzada en que logren los leales
arrancar del poder de los infieles
la tumba de los muertos Ideales.

EL AMIGO DEL TÍO JUAN

—¡Qué pena, abuelita! ¿Sabes
que murió anoche el tío Juan?

—Sí, hija mía; el señor cura
lo enterró por caridad.

—¿Quién le acompañaba?

—Nadie:

su mastín, el viejo *Leal*,
el único compañero
de su vida montaraz.

—¿Nunca tuvo amigos?

—Nunca;

vivió siempre aislado, allá,
de los picos de la sierra
en el agrio peñascal.

—¿Sin amar?

—Amaba sólo

su salvaje libertad
y su perro. Él le ayudaba
en la misión de guardar

el rebaño, de los lobos
contra el asedio voraz.

¡Infeliz!

—A nadie quiso,
y nadie le llorará.
¡Qué triste es morir, abuela,
sin dejar nada detrás!

.....
.....
.....
Tendió la noche su velo
sobre el campo, mustio ya,
dejando montes y valles
envueltos en su cendal.
El último débil rayo
de la luz crepuscular
iluminó la espadaña
de la iglesia parroquial,
atalaya del humilde
cementerio del lugar,
en cuya tierra bendita
halló reposo el tío Juan.

.....
.....
.....
Desde el pico de la sierra,
que hizo el hielo de cristal,
en una noche de invierno
que azotaba el huracán,
rompiendo las ramas secas
del espeso matorral,

bajaba un mastin aullando
con aullido singular,
lúgubre, ronco, agorero,
como un canto funeral...
Llegó al valle, cruzó el pueblo,
saltó con agilidad
una tapia, y en la tierra,
recién movida quizá,
junto á una cruz que formaron
dos ramas del chaparral,
fué á echarse, triste, rendido,
con aquel constante aullar,
cada vez más agorero,
cada vez más sepulcral...

.....

Juan también tuvo un amigo,
y un amigo de verdad.

GUERRA Y PAZ

I

¿Queda un palmo de tierra sobre el suelo
que no convierta en tumba el odio impuro?
¿Guarda el fondo del Mar rincón seguro
donde no alcance el insaciable duelo?

Todo es sed de matar, bárbaro anhelo
que á todo lleva su infernal conjuro...
¡Campo es de muerte sanguinario y duro
hasta el azul purísimo del Cielo!

Barbarie, destrucción, luto, despojos...
Sólo escombros sin fin huella la planta,
sólo devastación miran los ojos.

¿Hasta cuándo, Señor, miseria tanta?
¿Nunca en los surcos por la sangre rojos
brotará de la Paz la espiga santa?

II

¡La Paz...! ¿Y á qué la Paz...? ¿Quién el contento
gozará del instante suspirado,
si ya no es más el Mundo destrozado
que un montón de cadáveres sangriento?

Cuanto era juventud, fuerza, ardimiento,
barrió la ola cruel: sólo ha dejado
el espectro de un hombre mutilado,
sin hijos, sin hogar y sin sustento.

¡Morir!... No hay para nadie mejor suerte.
Viviendo el Hombre del vivir se olvida,
pues el peligro que le cerca advierte...

¿Sabrá la Humanidad enloquecida,
si escapa de las garras de la muerte,
volver á la costumbre de la vida?

IZQUIERDISMOS

Cualquier hombre, hasta el más cuerdo—
¡cuántos ejemplos se ven!—
siente invencible desdén
por todo lo que es izquierdo.

Ya la mano se aprovecha
de ese desprecio liviano,
porque quien dice "la mano"
dice la mano derecha.

Ante ella todo se allana;
ella siempre va delante:
la izquierda tiene bastante
con ayudar á su hermana.

A mí me parece absurdo;
pero, ¿no es cosa evidente

que considera la gente
como un defecto el ser zurdo?

¿Quién lo discute siquiera?
¿Y por qué...? Vamos á ver,
¿por qué una mano ha de ser
mejor que su compañera?

Se dice que un hombre es *diestro*
cuando es honrado y formal,
y, en cambio, del que obra mal,
dicen todos que es *sinistro*.

Del que con miras estrechas
ser poco serio pregona,
se asegura que es persona
que no hace nada á *derechas*,

y si hay quien se escandalice
de invenciones peligrosas,
como disculpa, "son cosas
de las izquierdas", se dice.

Es del hombre en el destino
cuanto hay de fundamental

de *derecho* natural
ó de *derecho* divino,

y al dar un puesto de honor
se coloca con esmero
á la *derecha* al primero
y á la *izquierda* al inferior.

Y siempre así, mal ó bien...
¿Por qué, en la humana balanza,
la *derecha* es la alabanza,
y la *izquierda* es el desdén?

¿Por qué nadie de ir se acuerda
contra esa injusta opinión...?

.....
¿Será porque el corazón
lo llevamos á la *izquierda*?

NIÑOS Y NIÑAS

Siempre que miro á un niño, ¿por qué, Dios santo?,
me produce la vida tedio y espanto.
La bendita aureola de su pureza,
más que darme alegría, me da tristeza.
De ese cielo, me digo, ¡qué limpio el velol
¿Por qué, después, las nubes manchan el cielo?
¿Por qué cambiará todo de forma y nombre?
¿No es un dolor que el niño llegue á ser hombre?

.....

Hasta quien entre penas y entre negruras,
á través de la vida va andando á obscuras;
hasta quien de la suerte por los rigores
puede contar sus horas por sus dolores,
sólo con que de un niño bese la frente,
renacer la esperanza gozoso siente.
Y es que llevan los niños en su inocencia
una consoladora divina esencia,
misteriosos efluvios, claros destellos,
que, como fresco aroma, se escapan de ellos.

Parece, de su encanto por el conjuro,
que hasta el Sol en el Cielo brilla más puro,
que todo ríe y canta, que nada es triste,
que el Mundo se transforma... ¡que el mal no existe!

.....

Pero, luego, ¡Dios mío!... luego... ¡qué penal...
Jamás miro de un niño la faz serena
sin pensar, contemplando su rostro bello:
¡qué pronto en ti la Vida pondrá su sello!
aunque, acaso aturdido por la mudanza,
aun guardas de la gloria la remembranza
y sospechas, sin duda, pues no te quejas,
que es el mundo al que vienes como el que dejas.
Mañana en esa frente, tan tersa y pura,
pondrá surcos y sombras la desventura;
mañana, en vez de risas y de ilusiones,
habrá en ti desengaños, celos, pasiones;
mañana, á tu alma virgen, que hoy cree y ama,
abrasará del odio la impura llama.

¿Por qué donde Dios puso luz y alegría,
ha de poner el Mundo su marca impía?
¿Por qué no echar cien llaves á ese tesoro?
¿Por qué dejar que, en barro trocado el oro,
lo que esmaltó la nieve la escoria alfombre?
¿Por qué el ángel, Dios mío, se ha de hacer hombre?

.....

Y si lo que contemplo no es un infante,
sino un blanco capullo, tierno y fragante,
una niña, ¡la rosa que á abrirse empieza!...
entonces, aún me asalta mayor tristeza.

Aquel lindo juguete, rubio ó trigueño,
cuyas hondas pupilas vela el ensueño,
cuya limpia mirada, noble y serena,
aun deja ver el fondo de un alma buena;
en cuyo airoso cuerpo, con pulso blando,
el Amor dulces curvas va modelando,
y en cuyos habladores labios traviesos
entre miel y corales saltan los besos,
me hace pensar que á veces un alma pura
tropieza en el escollo de su hermosura,
que no siempre en lo hermoso lo honesto mora,
que hubo quien, por más bella, fué más traidora,
y al pensar que las flores guardan espinas,
recordando á Locustas y Mesalinas,
digo, al ver lo que cambian cosas y seres:
—Señor, ¿por qué las niñas se harán mujeres?

EL ESCENARIO

El escenario sombrío,
como un enorme agujero,
cerraba el ancho testero
del salón triste y vacío.

Bambalinas y tablones,
candilejas apagadas,
cuerdas y lonas pintadas
con vivos chafarrinones,

daban siniestra impresión
de realidad sucia y fría
que alejaba ó destruía
toda sombra de ilusión.

Sobre este viejo tablado—
pensaba yo conmovido—

¡cuánta pasión ha latido!
¡cuánta hermosura ha pasado!

Esos toscos materiales—
trapos de cerca y papeles—
fueron de lejos vergeles,
palacios y catedrales.

Aquí murieron traidores,
y desfilaron guerreros,
y lucharon caballeros,
y cantaron trovadores;

aquí de la humana suerte
se vió el loco desvarío:
tras el beso, el desafío,
y tras la piedad, la muerte...

Realidades y patrañas
que espinas dejan y flores...
Ofelia, herida de amores;
el Cid, sediento de hazañas...

De tanta huella gloriosa
¿qué resta, á la luz del día,

en esta oquedad sombría,
húmeda, triste, medrosa?...

Nada... tramoya... telones,
trastos rotos, polvareda,
desencanto... ¡lo que queda
de las muertas ilusiones!

.....
.....

Corazón que ves lejana
la cima de tu calvario,
corazón, viejo escenario
de la gran tragedia humana,

también por ti sin cesar,
igual que por esta escena,
pasan la dicha y la pena
como las olas del Mar;

también tú, de la pasión
por el eterno espejismo,
ya te alzas al heroísmo,
ya ruedas á la abyección;

también tú, según las horas,
santificado ó protervo,

pobre ó rico, rey ó siervo,
amas, sufres, ríes, lloras...

pero por blanda sentencia
ó por mandato cruel,
sigues haciendo el papel
que te toca en la existencia.
.....

¡Ay! Cuando baja el telón
la vejez cansada y triste,
de cuanto amaste ó creíste
¿qué te queda, corazón?

Lo que al tablado vacío
del que la luz ya no brota:
la ilusión deshecha y rota;
soledad, tristeza, frío...

La tela descolorida
que de lejos engañaba...
¡lo que deja cuando acaba
la comedia de la Vida!

¡FELICIDAD!

Nada en la vida es verdad:
cuanto se toca ó se mira
lleva en sí la falsedad;
por eso es "felicidad"
sinónimo de "mentira".

¿Qué es la dicha? Una ficción
de realidad aparente;
una sombra, una ilusión
que se imagina la mente
ó se finge el corazón.

A veces, una quimera,
y otras, un contrasentido;
dicha son de igual manera
lo mismo el bien que se espera
que el dolor que se ha sufrido.

Hay quien busca el conseguir,
quien sólo anhela olvidar,
quien es dichoso al sufrir,
quien no goza con reir
y goza, en cambio, al llorar;

pues del monarca al mendigo,
desde el que escaló la altura
á quien no ve un rostro amigo,
nadie tiene más ventura
que la que lleva consigo.

¿Sólo el oro codiciado
hace del mundo un edén?
¡Cuántas veces en su estado
llora el rico por el bien
que logra el desheredado!

¿Ser grande es ser venturoso?
De la ambición en la lidia
no es fácil hallar reposo,
y á lo mejor siente envidia
del pequeño el poderoso.

Mocedad y robustez
¿dan de dicha plenitud?

Yo he visto más de una vez
que llora la juventud
mientras ríe la vejez.

¿Quizá el amor...? Nunca ha sido
de la ventura el calor
premio al amor concedido;
quien amando no ha sufrido
¿sabe acaso qué es amor?

No es feliz quien se procura—
nunca en tal empeño di—
gloria, amor, grandeza, hartura...
Lo es sólo quien lleva en sí
el germen de la ventura.

Yo no quiero ser dichoso;
quiero mayor galardón,
porque soy más ambicioso:
¡quiero hacerme la ilusión
de juzgarme venturoso!

PAN BLANCO Y PAN NEGRO

I

No puedo ver sobre mi limpia mesa
el blanco pan, como la nieve puro,
sin recordar el que, tasado y duro,
comen los pueblos en que el odio pesa.

Miro tras éste, de la muerte presa,
un suelo yermo, ensangrentado, obscuro,
mientras aquél evoca á su conjuro
campos que dora el Sol y el aura besa.

“Es mi cuerpo. Comed.” Por despedida
Dios á los hombres generoso dijo,
el instante al llegar de su partida...

¡Pan blanco, de mi mesa regocijo:
tú eres el pan de amor, el pan de vida,
el que en la cena el Redentor bendijo!

II

La infecta masa con que el odio inmundo
suplir intenta al pan, pródigo y bueno,
seca en las madres el exhausto seno,
hiela en los mozos el ardor fecundo:

cómplice del cañón, cuando iracundo
estalla formidable como el trueno,
más que la guerra, el pan es el veneno
que va minando en su cimiento al mundo.

Dichoso el pueblo en que la Paz anida,
entre el rojo torrente en que se baña
la Humanidad entera enloquecida...

Bendito nuestro Sol, el Sol de España,
que aun madura en la tierra el pan de vida,
el trigo en que no prende la cizaña...

ZINELA-CAYÍ

Fantasia gitana en prosa y verso, con música del maestro C. Larruga,
representada por primera vez en el teatro Romea el 4 de Febrero
de 1918.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

ACTO ÚNICO

PRÓLOGO

Telón corto que representa la plaza de la Bolsa vieja, con el automóvil de Pastora Imperio á la puerta del escenario de Romea. Entra Pastora en traje de calle, con abrigo y sombrero.

PASTORA

¡El auto!... A casa... ¡Dios mio,
vaya un modo de aplaudir!
¡Qué gentío en el teatro!...
Y lo mejor... ¡Lo más chic!...
(Esto creo que es franchute,
pero yo lo digo así.)
¡Es clarol... Mi beneficio...
Ya lo pude presumir.
Me quieren, y yo les pago;
les pago por uno mil,
que la artista necesita
que la consagren aquí,
y además no quiere á España

la que no quiere á Madrid.
Dicen que sobre laureles
es agradable dormir...
Si eso es verdad, esta noche
me espera un sueño ¡hasta allí!

Reflexiva.

Y eso que á veces... á veces...
Yo no lo quiero decir,
porque no van á creerlo
los que no saben de mí
sino que me tratan todos
mejor que á una emperatriz,
y que hago gracia á la gente
porque... vamos, porque sí.
Si el ser feliz consistiera
sólo en brillar y en lucir,
quizás no habría en el mundo
otra mujer más feliz,
pero... de más que de aplausos
tiene el alma que vivir...
Al corazón le hace falta,
y en eso está el balancín,
otra cosa que no saben
los que me ven por ahí.
Piensan que voy derramando,
porque tengo este postín,
felicidad y alegría
que dan ganas de reir...

Con tristeza.

Ellos me miran por fuera
y es dentro donde está el quid.
Pastora tiene penillas
que no deja traslucir
y á veces está llorando
mientras baila á lo cañí.
Es esta sangre gitana
que nunca deja de hervir,
lo mismo bajo un vestido
del modisto de París
que bajo el fleco de seda
de un mantón blanco y carmín...

Pausa.

La gitana siempre es triste,
aunque tenga que fingir...
Es su origen, es la raza,
es que viene del país
donde empiezan los desiertos,
los arenales sin fin...
Por eso cantar gitano
más que cantar es gemir...
Yo sé una de esas canciones,
que sólo me canto á mí
y siempre que la recuerdo
me hace gozar y sufrir...

Nueva pausa.

Ahí va... y el alma con ella,
porque hay que cantarla así.

MUSICA

Buscando á ver dónde siembra
de un cariño la semilla,
por el mundo sin amparo
va la pobre gitanilla.

Pájaro perdido,
solo y sin calor,
va buscando un nido,
va buscando amor.

Pobre gitana que por la vida
no hallas, perdida,
patria ni hogar,
¿por qué á ti sola la suerte dura
esa ventura
te ha de negar?

La gitanilla con sus cantares
de los pesares
calma el rigor
y entre gemidos vierte su canto
gotas de llanto,
jugo de amor.

No hay quien te llame, no hay quien te quiera
y en vano espera

tu loco afán,
que los rosales de tus amores
en vez de flores
espinas dan.

Tras la luz del cariño
que lejos brilla
va recorriendo el mundo
la gitanilla...
¡Ni hoy ni mañana
la alcanzarán tus pasos,
pobre gitana!

El gitano es andariego
porque es su sino y su estrella
el correr tras la ventura
y no dar nunca con ella.

Pájaro perdido,
solo y sin calor,
va buscando un nido,
va buscando amor...

HABLADO

¡Qué tenaz es la memoria!
Cuando canto esta canción,

sin querer, el corazón
recuerda una antigua historia.
Fué en un pueblo castellano...
(nunca se aparta de mí).
Me vió cierta vez allí
bailar un viejo gitano,
y mientras que me veía
gritaba así con orgullo:
¡Bendito seas, capullo
de rosa de Alejandría!
Te bailas con un estilo
tan castizo y superior,
que no se baila mejor
la misma Venus der Milo.
Cuando tu cuerpo se inclina,
pa erguirse aluego arrogante,
que se quite de delante
la emperatriz de la China.
Es tu piel de raso y sea...
sea tan fina, mujer,
que yo te he visto beber
y el agua se te clarea...
Derrama sal en peazos
de tus brazos el salero,
que Dios se metió á tornero
el día en que hizo tus brazos.
Y esa boquita de grana
y el aire de esa cintura
llevan la marca más pura
de nuestra sangre gitana.

La que con sus manos peina
los rizos de esos cabellos—
óyelo bien—verá en ellos
una corona de reina.
¿De reina? le pregunté.
Esta es una profecía,
él dijo; llegará un día
en que verás que acerté.
El gitano es vagabundo
porque es un pobre oprimio,
un esclavo, un desvalio,
que anda errante por el mundo.
Nadie ve en él un hermano
ni su desventura siente;
que huye con susto la gente
cuando se encuentra á un gitano.
Tenemos que abrírnos plaza,
que ser grandes, que crecer...
Mira, será una mujer
la que salve á nuestra raza.
Me lo han dicho las *cartiya*
que anuncian lo que se ignora...
y esa mujer salvaora
tienes que ser tú, chiquiya.
Tú, que eres la soberana
de la gracia y del trapío,
tú, chavala, que has nació
pa ser la reina gitana.

Pausa reflexiva.

Desde aquel día no dejo
la historia de recordar...
¿Por qué no puedo olvidar
la profecía del viejo?
¿Por qué pienso que es mi estrella,
que es el sino de mi vía,
y hasta cuando estoy dormía
estoy soñando con ella?
¿Seré yo la emperatriz
que el viejo gitano augura,
la que ha de dar la ventura
á tanto pobre infeliz?

Pausa. Cambio de tono.

Dejemos esta quimera,
que hay quien soñando se pasa.
El auto... y vamos á casa,
donde mi madre me espera.
Flores lleva con exceso
pa ofrecérselas mi amor,
y aun me falta lo mejor...
¡Que mi vieja me dé un beso!
Si está cerca la alegría,
¿á qué buscar lo lejano?
Por algo el canto gitano
dice siempre: ¡mare mía!

Se hace un obscuro y empieza la cinta cinematográfica. Subida de Pastora al automóvil. Paso de éste por las calles. Llegada á su

casa y entrada en el portal. Recepción en la puerta de la escalera, por la madre y toda la familia. Entrada en la casa, llena de flores y de regalos, que todos muestran á Pastora, y que ésta mira con alegría. Pasan al comedor. La madre al lado de Pastora, que la besa y la abraza con frecuencia. Animación y alegría. Todos acompañan á Pastora á su cuarto, donde se queda sola y empieza á desnudarse. Reza un instante. Cuando el estado avanzado de la toilette lo exija se hará un nuevo obscuro, y al volver la luz Pastora estará ya en la cama. Al quedarse dormida termina la cinta.

CUADRO PRIMERO

Interior de la tienda de campaña de Samuel, con todas las características de las tiendas de los gitanos, aunque más espaciosa y rica que las corrientes.

ESCENA PRIMERA

SAMUEL, CORA y seis ú ocho bailarinas bohemias.

SAMUEL

Recostado en una especie de camistrajó con honores de trono.

No me cantéis más.® Está visto que vuestras canciones no me traen el sueño que busco.

CORA

¿Tampoco hoy has dormido, rey Samuel?

SAMUEL

Hace tres días que no duermo, Cora.

CORA

¿Estás malo?

SAMUEL

¡Qué sé yo!

CORA

Cualquiera diría que desde que te eligieron rey te has puesto triste.

SAMUEL

Y tal vez diría la verdad. Desde que vino á mis manos este látigo, que me da el mando de toda la gitanería del mundo, no sé lo que me pasa.

CORA

Pero ¿es verdad que ese látigo representa...?

SAMUEL

Mi cetro real. La gente cree que los gitanos llevan siempre una fusta porque su oficio suele ser comprar ó vender caballerías, y no es esa la razón; el látigo es la señal de su poderío. Por eso lo llevan los que mandan; los jefes de las tribus.

CORA

¡Ahl

SAMUEL

Y por eso lo llevo yo, que soy el jefe de todos. Pero mi látigo fué el que usó el mismo Faraón; mi látigo tiene siglos y siglos y quien lo lleva es el amo de cuantos gitanos andan diseminados por la Tierra y tiene sobre ellos derecho de vida y muerte.

CORA

¿Y habiendo llegado á conseguir esa honra estás tan apesadumbrado?

SAMUEL

Sí, porque la he conseguido cuando ya soy viejo.

CORA

Muchos jóvenes quisieran estar tan fuertes
como tú.

SAMUEL

Cumplí ya los tres duros.

CORA

¡Sesenta años!

SAMUEL

¡Y sin haber tenido un hijo á quien dejar he-
redero de mi poder!

CORA

¿Esa es la causa de tus penas?

SAMUEL

Sí.

CORA

Siempre será tu sucesor el que tú escojas.

SAMUEL

No es lo mismo.

CORA

Procura olvidar tu tristeza. ¿No quieres que sigamos caminando? Ya hace mucho tiempo que estamos aquí.

SAMUEL

Tienes razón, Cora. Emigremos á otro país. Nuestro sino es andar, siempre andar.

CORA

Vamos hacia España. Dicen que aquélla es la tierra favorita de nuestros hermanos.

SAMUEL

Vamos adonde quieras; con llevar mi tienda de campaña, llevo en ella mi patria y mi palacio. Un gitano no puede tener otro, aunque sea rey.

CORA

Mañana mismo levantaremos el campo. Y entretanto olvida, duerme... ¿Quieres que sigamos cantándote tus esclavas?

SAMUEL

Prefiero una danza. Que bailen esas mujeres; después tú me recitas algunos de tus cuentos.

CORA

¿El de Zinela-cayí?

SAMUEL

El que tú quieras.

MÚSICA

Cora recita mientras que las esclavas bailan una danza oriental.

CORA

Va caminando—con rumbo incierto
la caravana—por el desierto.

Sobre las olas—del mar de arenas
la gitanilla—canta sus penas.
¡Qué inacabable—la marcha dura
por la abrasada—roja llanura!
¡Ni un compasivo—soplo de viento,
ni un hilo de agua—para el sediento!
¡Siempre horizontes—mudos é iguales!
¡Siempre tristezas!—Siempre arenales!

.....

Tras la tupida—niebla lejana
se va perdiendo—la caravana.
Ya todo es sombra;—ya el Sol no brilla
y aun canta al lejos—la gitanilla...
Doliente y triste—su canto llena
las soledades—del mar de arena.

.....

Patria y albergue—buscas en vano.
¿Qué es tu existencia—pobre gitano?
Nave perdida—que no halla puerto...
¡la caravana—por el desierto!

.....

Es por constante—vieja costumbre
nuestro destino—la servidumbre.
Por donde vamos—se nos rechaza...
¿Quién te redime,—miserable raza?...

.....

Pronto del triunfo—llegará el día,
porque lo anuncia—la profecía.
La gloria el lauro—pondrá mañana
sobre la frente—de una gitana

y en la victoria—que á ella le espera
tendrá la suya—la raza entera.

.....
.....

Libertadora—de tus hermanos,
ven á ser reina—de los gitanos...
No te conozco;—no sé quién eres,
diosa y espejo—de las mujeres;
mas te adivino;—sé que eres buena,
que eres castiza,—que eres morena;
que á borbotones—vierten hechizos
tu airoso cuerpo,—tus negros rizos,
tu talle blando—como la cera,
mezcla del junco—con la palmera,
tus grandes ojos...—¡dos luminares
hondos y verdes—como los mares!

.....

Contigo acaba—la adversa suerte;
tú harás que el débil—se torne fuerte;
nuestro destino—tu mano traza,
reina futura—de nuestra raza...
Por fin hallaron—camino abierto
los que sufrían—en el desierto,
que al elegirte—por soberana
ya tiene rumbo—la caravana.

HABLADO

SAMUEL

Esa es una profecía que nunca se cumplirá. Si nuestra pobre raza sale alguna vez de la servidumbre no será por el esfuerzo de ninguna mujer, sino por el nuestro, por el de los hombres.

CORA

Yo no he inventado la canción.

SAMUEL

Sí, ya sé que es una leyenda antigua esa de Zinela-cayí, que quiere decir reina con corona, reina gitana...

ESCENA II

Dichos, la CHAVALILLA y la TIA ESMERALDA.

La Tia Esmeralda, gitana vieja, entra, trayendo de la mano violentamente á la Chavalilla, muchacha de catorce á quince años, pobre, harapienta, desgredada.

LA TÍA ESMERALDA

¡Justicia, rey Samuel, justicia!...

SAMUEL

¿Qué traes, tía Esmeralda?

LA TÍA ESMERALDA

Te traigo á esta mocosa desarrapá y mugrienta pa que la castigues.

SAMUEL

¿Qué ha hecho este arrapiezo?

LA TÍA ESMERALDA

Lo peó que pué jacé una creatura, por sinificante y chica que sea: blasfemá.

SAMUEL

¿Blasfemar?

LA TÍA ESMERALDA

¡Si supieras lo que ha dicho!...

SAMUEL

¡Bah! Cosas de chiquillas... ¿Quién hace caso de eso?

LA TÍA ESMERALDA

¿Cosas de chiquillas?... Estaba diciendo delante de to el que quería oirla, que ella tié que sé la que rompa el látigo.

SAMUEL

¿Eh? ¿Qué?...

LA TÍA ESMERALDA

Sí, sí; tu látigo, el látigo de Faraón, el que te jace rey de toas las tribus der mundo.

SAMUEL

¿Tú has dicho eso?

LA TÍA ESMERALDA

Lo ha dicho, aunque ahora lo niegue ó se calle.

SAMUEL

Habla. ¡Te lo mando!

LA CHAVALILLA

Con energía.

Bueno... pos lo he dicho... ¿Y qué?

SAMUEL

¿Sabes delante de quién estás?

LA CHAVALILLA

La verdá pué desirse delante de too er mundo. Er látigo es la deshonra de nuestra raza; es la señal de que somos una gente esclava y oprimía... Los gitanos no serán criaturas como los demás, hasta que rompan er látigo.

SAMUEL

¿Y no temes que el decir eso en mi presencia puede costarte la vida?

LA TÍA ESMERALDA

Èso es lo que debías jacé; matarla. Esta deslenguá va á traé la desgracia entre nosotros.

LA CHAVALILLA

¡Quiá! A mí no pué condenarme á muerte.

SAMUEL

¿Porque eres una niña?

LA CHAVALILLA

Porque sé—me lo dise er corasón y me lo han dicho las cartas—que tengo que jacé una cosa mu grande en er mundo, y Dios no va á dejar que yo me muera sin haberla jecho.

SAMUEL

Las cartas engañan algunas veces.

LA CHAVALILLA

Aunque á mí me hubieran engañao, todavía me quedaría un medio de defenderme, si fuera verdad que querías matarme.

SAMUEL

¿Cuál?

LA CHAVALILLA

Er que dijo mi agüela.

SAMUEL

¿Tu abuela?

LA CHAVALILLA

La tía Soleá, una gitana mu leía, que lo sabía to.

SAMUEL

¿Qué te dijo?

LA CHAVALILLA

Que si arguna vez me veía en peligro, rompiese á bailá y eso me salvaría.

SAMUEL

¿Tiene algún sortilegio tu danza?

LA CHAVALILLA

Mi agüela decía que yo llevo dentro er genio der baile, que es er genio de nuestra raza, y que debió ser un angelillo er que me enseñara porque nadie baila como yo.

LA TÍA ESMERALDA

¡Ja, ja, ja! La tía Soleá estaba loca. Una chavalilla tan desgrená y tan sucia como tú, no pué jacé bien ná.

SAMUEL

Ahora vamos á saberlo. Baila.

LA TÍA ESMERALDA

¿Lo mandas tú?

SAMUEL

Estás condená, puesto que me desafías. A ver si es verdad que llevas un talismán pa salvarte.

MÚSICA

LA CHAVALILLA

Yo tuve un sueño siendo muy niña
que no se aparta del corazón;
lo vi tan claro, que á veces creo
que más que sueño fué aparición.
Al camistrajo donde dormía,
vestida de oro llegó una huri,
me alzó en sus brazos muy dulcemente
y al darme un beso me dijo así:
"Yo soy el hada de los gitanos,
la que á los tuyos da protección;
de tu miseria compadecida,

pobre Chavala, te traigo un don.
Yo de la danza tengo el secreto,
que hasta ahora oculto siempre guardé:
para que seas rica y dichosa
mi arte divino te enseñaré.
Irás pisando sobre laureles,
nadie á tu gracia resistirá
y de tus triunfos la luz radiante,
sobre tu raza reflejará."

Yo era una chavalilla
pobre y mugrienta
que apenas de las cosas
me daba cuenta,
y aunque al hada entre sueños
clara veía
por más que la escuchaba
no la entendía.

Sólo sabía
que me miraba,
que se reía;
que por lo bella
resplandecía
como una estrella;
que era un tesoro,
que deslumbraba
su traje de oro;
que cuando hablaba

daba consuelo,
pues yo pensaba
de dicha loca
que la voz de los ángeles del cielo
me hablaba por su boca.

Penilla y alegría
me daba á mí á la vé;
lloraba y me reía
sin saber por qué.

Ropa en el río lavaba
una mañanita yo,
y cerca de donde estaba
una guitarra sonó.
Sin haber nunca aprendió
rompí de pronto á bailar
y sobre el agua der río
vi mi cuerpo reflejar;
y era el agua misma
quien me jaleaba,
ó yo por lo menos
me lo figuraba;
pa mí que decía
su blando vaivén:
"Baila, gitanilla,
que bailas muy bien."

Mi cuerpo desmedrao
me parecía

que al copiarse en el agua
se engrandecía...

Se doblaba á los sonos
del estribillo

como si mi cintura

fuese un junquillo;

y unas veces menguaba,

chico, ondulante,

otras iba creciendo

como un gigante;

otras se estremecía

vivo y violento,

como una flor del campo

que mueve el viento...

Y yo me preguntaba:

¿pero es el mío

ese cuerpo garboso

que está en el río?

De repente alcé los brazos

pa acabar una figura

y entonces me dijo el agua

al verme en esta postura:

"Tienes salero, chiquilla;

á bailá y á ser feliz,

que hasta cubierta de andrajos

eres una emperatriz."

Con su traje de oro
surgiendo ante mí
volví á ver al hada
que me dijo así:
"Te entregué mi secreto
de buena gana;
anda y conquista al mundo,
reina gitana."
Y así bailo yo,
porque ha sido un hada
la que me enseñó.

HABLADO

SAMUEL

Muy complacido, cuando termina el baile.

Tenías razón. Quien te ha visto bailar una vez,
no pué olvidarlo. Te perdono la vida.

LA CHAVALILLA

¿Ves cómo yo sabía que no podías matarme?

SAMUEL

Te perdono, pero vete. Has ofendido al rey y
no quiero que vuelvas á presentarte ante mí.
Vete.

LA CHAVALILLA

Volveremos á encontrarnos, rey Samuel.

SAMUEL

¿Eh?

LA CHAVALILLA

Sí; los dos llevamos el mismo camino; los dos vamos buscando lo mismo: redimir á nuestros hermanos, á nuestra pobre raza... ¡Nos encontraremos!

Rompe de nuevo á bailar al irse.

Y así bailo yo,
porque ha sido un hada
la que me enseñó.

Obscuridad. Empieza de nuevo la cinta cinematográfica. Vuelve á aparecer Pastora dormida, pero dando muestras de tener un sueño muy agitado, como si estuviese bajo el influjo de una pesadilla.

CUADRO SEGUNDO

Campamento de gitanos en un país meridional alegre y muy soleado. Muchas tiendas de campaña que se pierden en la perspectiva, entre palmeras y naranjos. En primer término la de Samuel, á cuya entrada, sobre una silla, habrá un mantón de Manila, una mantilla blanca y una guitarra.

SAMUEL, CORA. Las bohemias, SAMUEL ha envejecido mucho: es un viejo decrepito.

SAMUEL

Al fin me he convencido, Cora: el cetro de la gitanería debe ir á manos de una mujer. Ella lo llevará, sin duda, mejor que lo hemos llevado los hombres.

CORA

¿Por qué piensas en eso? Tú puedes vivir aún muchos años.

SAMUEL

No, Cora, no; yo he cumplido ya los ochenta, y á esa edad se tiene la vida pendiente de un hilo. Es necesario que me dé prisa á designar sucesora. Por eso he anunciado el concurso que va á empezar ahora mismo.

CORA

Y que va á estar bien concurrido, á juzgar por la traza.

SAMUEL

En efecto, han venido gitanos de todas las regiones de España, que es la tierra de donde quiero que salga la reina futura.

CORA

¿Persistes siempre en tu idea?

SAMUEL

Sí, Cora. Nuestra raza no se impondrá nunca por la fuerza. Dominará únicamente por la gra-

cia y por los atractivos. Eso es lo que significa la antigua leyenda de Zinela-cayí, á la que tengo que rendirme. Por eso he resuelto que me suceda una mujer, y que ésta sea la que mejor cante y baile nuestros clásicos aires gitanos.

CORA

¿Quieres que empiecen ya?

SAMUEL

Sí, que empiecen.

CORA

Llamando en todas direcciones.

Pasad, hermanos. El viejo rey de vuestra raza os espera.

Gran zambra. Van llegando los grupos de hombres y mujeres, que cantan y bailan sus danzas gitanas.

SAMUEL

Después de terminar la zambra.

¿Qué te parece, Cora? ¿Cuál de esas mujeres crees tú que merece ser proclamada reina?

CORA

A mí me parece, rey Samuel, que antes de pensar en ninguna de éstas, debes ver á otra.

SAMUEL

¿A otra?

CORA

Sí; á una que llegó esta mañana y que me pidió te dijese que ella también quería cantar y bailar delante de ti, después que lo hiciesen las demás.

SAMUEL

¿Quién es esa mujer?

CORA

Dice que se llama la Chavala. No sé otra cosa.

SAMUEL

Haz que venga.

CORA

Llamando á una de las tiendas.

Ven, Chavala; el rey te llama.

Entra la Chavala.

LA CHAVALA

Salú, rey Samuel.

SAMUEL

¿Quién eres?

LA CHAVALA

¿No me conoces?

SAMUEL

No.

LA CHAVALA

Tienes mala memoria, porque antes de ahora
nos hemos visto.

SAMUEL

En efecto, esos ojos... Yo creo recordar esos ojos verdes...

LA CHAVALA

Fué hace mucho tiempo. Yo era una chiquilla.

SAMUEL

En fin, ¿quién eres?

LA CHAVALA

Ya lo estás viendo. Una gitana más.

SAMUEL

¿Y qué buscas?

LA CHAVALA

El premio que tienes ofrecido.

SAMUEL

¿Sabes cantar y bailar?

LA CHAVALA

No he jecho más que eso desde que nací.

SAMUEL

Pues venga la prueba.

LA CHAVALA

Ahí va.

MUSICA

Como esos azulejos
donde á porfía
se juntan mil colores
con su reflejo,
juntando tos los cantos
de Andalucía,
sé yo hacer con sus notas
otro azulejo.
En el cantar gitano,

que me complace,
lo nuevo con lo antiguo
to junto brilla,
lo que viene de Egipto
cien siglos hace
y el oló de claveles
que da Sevilla.

Y por eso mi canto
limpio y abierto,
con lo triste y lo alegre
las cuentas salda,
porque si á veces llora
con el desierto,
también se ríe á veces
con la Giralda.

En él toa mi tierra
llevo concentrá.
Córdoba y Sevilla,
Málaga y Graná.

Aire de malagueña.

No canta malagueñiyas
con estilo y con aquel
quien no nació en la Caleta
ó no aprendió en el Perchel.
Yo llevo, cuando las canto,
en la garganta un tesoro

y digo como Juan Breva:
¡Ni el canario más sonoro!...

Pero de repente
y sin que yo quiera,
la malagueñiya
se hace petenera...

Aire de petenera.

Y en mi boca, más que un canto,
paece un arrullo de amor
aquella copla que dice:
"Señor alcalde mayor"...

Y apenas cesa
su arrullo blando,
la seguidilla
ya está llamando.

Aire de sevillana.

Pa que yo la cantara
con mi mantiya
dicen que se ha inventoa
la seguidiya...
¡Son las gitanas
que saben cantarse
por sevyanas!
Si hay quien me desafie

venga y la espero...
¿Dónde hay otra que diga
con er salero
con que yo digo:
"¡No te tires, Reverte,
vente conmigol!"

Y también esta copla
nunca termina,
porque detrás la empuja
la granadina...

Aire de granadinas.

¡Granada, reina moruna,
qué hermosa estás por la noche
cuando te besa la luna!
Quiero morirme en tus brazos,
que hasta el morirse consuela
cuando se oye la campana
de la torre de la Vela.
Hago yo un ramillete
con la armonía
de to er canto gitano
de Andalucía.
Y si la voz se acaba
y er canto dejo,
es pa hacé con los bailes
otro azulejo...

Rompiendo á bailar.

Que también se juntan
en las danzas mías,
vitos, soleares,
tangos y alegrías...
Toa mi tierra hermosa
llevo concentrá.
Córdoba y Seviya,
Málaga y Graná.

HABLADO

SAMUEL

*Después que deja de bailar la Chavala, entre
murmullos generales de simpatía.*

Ya sé quién eres, Chavala.

LA CHAVALA

¿Me recuerdas al fin?

SAMUEL

Más de veinte años hace que te vi otra vez, y
nunca te he olvidado. Con razón presentí que
llegarías á ser el orgullo de nuestra raza.

LA CHAVALA

¿Y recuerdas también que yo te anuncié que volveríamos á encontrarnos?

SAMUEL

Lo recuerdo to. Que te condené á muerte.

LA CHAVALA

Y yo te contesté que la sentencia no podía cumplirse, porque Dios me destinaba á jacé argo mu grande en er mundo.

SAMUEL

El Cielo me habló por tu boca. Si entonces hubiera hecho esa atrocidá, no tendría ahora á quién dejar mi corona... porque tú eres la futura reina de la gitanería.

LA CHAVALA

¿Yo?

SAMUEL

Sí, tú, que eres ya la reina de la gracia y del trapío. ¿Hay alguna mujer de las presentes que le dispute el cetro á la Chavala?

VOCES

¡Ninguna! ¡Ninguna!

SAMUEL

Ya lo oyes. Todos te aclaman por reina. Sólo te falta para que te entregue el atributo de tu poderío, que cumplas la última condición.

LA CHAVALA

¿Cuál?

SAMUEL

Una que te será fácil de cumplir. Los gitanos tenemos tós el don de adivinar.

LA CHAVALA

¿De qué se trata?

SAMUEL

De que expliques lo que significan esas tres cosas que están ahí.

Señalando la guitarra, el pañolón y la mantilla.

LA CHAVALA

¿Tres cosas?

SAMUEL

Una guitarra, un pañolón y una mantilla. Si adivinas lo que esos objetos quieren decir aquí, en este instante, tuyo es el látigo de Faraón.

LA CHAVALA

¿No he de adivinarlo? Óyelo:

Dígase lo que se quiera,
no existe más que un poder

que en to manda y en to impera...
En er mundo la mujer
es la reina verdadera.

Donde ese poder está
es er grande, es er primero;
la jembra es la majestá
de la gracia y der salero...
¡la que no pasa jamá!

S'hunde un pueblo en una guerra;
un rey llega esclavo á ser;
quien más cavila más yerra...
y entretanto la mujer
sigue mandando en la Tierra.

Y mientras alumbra er día
y latan los corazones
tie que ser obedecía...
¡Contra esa soberanía
no sirven revoluciones!

Pero una reina juncal
pa acreditar su persona,
es siempre cosa esencial,

necesita una corona
y un cetro y un manto real.

Y eso es lo que has puesto ahí;
la explicación es bien llana.
Lo que m'acredita á mí,
las prendas que ha de lucí
quien va á ser reina gitana.

¿Tiene otra arguna en su mano
galas ni joyas mejores?
No hay manto má soberano
que un pañolón de colores
ciñendo un talle serrano.

En él van garbo y trapío
que derraman sal y luz;
va el rumbo, va el poderío
y el sol... ¡El sol andaluz
entre los flecos prendió!

¿Y corona?... La que brilla
con las perlas á millares
¿vale más que esta mantilla
tejía con azahares
de un naranjal de Sevilla?

Pon este encaje nevao
sobre el brillo de unos ojos
d'azabache iluminao,
entre un pelo mu rizao
y unos claveles mu rojos;

haz que luzca esa persona
donde dé er sol un segundo,
y er sol mismo te pregona
que va la reina der mundo
debajo de esa corona.

¿Qué le falta á una mujer
cuando se presenta así
pa triunfar y pa vencer?...
¿Er cetro de su poder?
¡Pos también ese está ahí!

La guitarrilla gitana
que canta el himno triunfal
del Perchel y de Triana,
el tango y la sevillana,
que son nuestra Marcha Real...

La adivinanza es sencilla
y el acertijo es bien llano...

En total, que en esta silla
hay un símbolo gitano;
mantón, guitarra y mantilla...

Pues dan á quien las ostente
de reinar el privilegio,
ponme, ante toa esta gente,
en la espalda el manto regio
y la corona en la frente.

SAMUEL

Bien, Chavala, bien; lo has adivinado, y puesto
que llenaste la última condición, ya eres reina, ya
eres Zinela-cayí.

Volviéndose á los gitanos.

¡Viva la reina gitana!

TODOS

¡Vival!

SAMUEL

Para que todos te reconozcan como tal, te entrego el atributo de tu realeza: el látigo de Faraón.

LA CHAVALA

Tomándolo de manos de Samuel y haciéndolo pedazos.

Y yo lo recibo... pero pa romperlo.

SAMUEL

¿Qué haces?

LA CHAVALA

Lo que te anuncié cuando nos vimos la otra vez, aunque ya no te acuerdes. Te dije entonces que yo estaba destinada por Dios para romper este látigo, que, más que signo de poder, es señal de servidumbre y de esclavitud...

SAMUEL

¿Eh?...

LA CHAVALA

Si. Yo he subío mu arto y quiero que conmigo suba toa mi raza. Ese látigo se lo estor-

baba y había que romperlo pa siempre. Puesto que hoy empieza á reinar una mujer, el emblema del poder real será en lo sucesivo, en vez del látigo, la mantilla.

VOCES

Con entusiasmo.

¡Eso!... ¡La mantilla! ¡La mantilla!

SAMUEL

Pues ven á que te ponga tu corona.

LA CHAVALA

Pónmela pa que baile una danza; la danza de la reina... ¡Viva la gitanería!

TODOS

¡Vival

MUSICA

CORO

Cuando mueves los brazos
y rompes á bailar,
no ha habido nunca reina
con tanta majestá.

Envuelto en el encaje
de esa mantilla
va el clavel más hermoso
que dió Sevilla.

Eres una diosa,
eres una hurí,
reina salerosa,
Zinela-cayí.

*Zambra, baile, alegría. Nuevo obscuro y em-
pieza la última cinta cinematográfica. Pastora
sigue dormida. Entra la madre. Abre la ven-
tana y la despierta. Ella le da á entender que*

ha tenido un sueño intranquilo y salta de la cama como si fuera tarde y tuviese prisa. Vuelve la despedida en la escalera: toma de nuevo el automóvil en la puerta, y éste hace de nuevo el recorrido hasta el teatro.

CUADRO TERCERO

Al terminar la cinta, vuelve á aparecer el telón corto de la plaza de la Bolsa vieja, y entra Pastora vestida de calle como en el prólogo.

PASTORA

Na... pues que me he retrasao.
Traigo en el magín un lío...
¡Jesús que nochel... ¡Dios mío!...
Las cosas que yo he soñado...
¡Qué jaleo de mantilla
y qué sé yo cuánta cosa!...
¡Clarol... Me acosté nerviosa
y tuve una pesadilla.
Aunque to fuese simpleza,
ni aun aquí de verlo dejo.
La profecía der viejo
se me metió en la cabeza,
y soñé que ya mis manos
el manto regio tocaban,
que, por bailar, me nombraban

la reina de los gitanos;
que de nosotros detrá
to era gloria y alegría,
y, en fin, que yo engrandecía
á esa raza desgraciá.

Pausa.

Vaya, vaya; no es prudente
pensar en sueños ahora...
Despiértate ya, Pastora,
y á lo tuyo, que es lo urgente.
Lo que te interesa á ti
no es ir tras una quimera;
es que te mime y te quiera
tu público de Madrí.
Ve tras esa realidá
y que el sueño aquí se acabe...
aunque el tal sueño... ¡quién sabe
si en el fondo no es verdál!...
Que por mí, de mis hermanos
la raza se ha redimío
y... vamos, que yo he nació
pa dar gloria á los gitanos...
Dios esa senda me traza
y en seguirla pondré empeño,
que al fin, y aunque fuese un sueño,
fuí la reina de mi raza...

MUSICA

Así bailo yo,
porque ha sido un hada
la que me enseñó.
Por bailar así,
he sido esta noche
Zinela-cayí.

FIN

ACIUS

1

Así dijo yo,

porque habido no haba

lo que me quedo

lo que me quedo

lo que me quedo

lo que me quedo

lo que me quedo



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
¡Año Nuevo!.....	9
El libro perdido.....	14
Los joyeros de Dios.....	17
Reflexiones.....	20
El parque de María Luisa (escrito para ser recitado por Pastora Imperio).....	23
Cómo era Zorrilla.....	29
Julieta.....	32
Tarde gallega.....	35
En un álbum.....	40
La pierna de palo.....	41
La verdad....	46
El enemigo del pueblo.....	48
Oro, agua, voz... (oriental).....	53
La ermita de la Virgen.....	55
¡Don Juan!.....	59
Mi reloj.....	62
Nochebuena.....	65
Como los hombres.....	69
Himno y nota.....	74
La experiencia.....	78
Serranilla (inspirada en Santillana).....	81

	<u>Páginas.</u>
Mulhacén y Veleta.....	84
El rosal de la muerte.....	88
La Giralda (canción con música del maestro Larruga).....	90
Generosidad.....	96
La huerta valenciana.....	99
Juan y Pedro.....	102
El mercado de la vida.....	105
En Santiago de Compostela....	108
¿Quién te maldijo, Dolor?.....	110
Para Conchita.....	113
Error de números (1800-1900).....	116
La torre de la Vela.....	119
Una hora de vida.....	121
¿Dolor?... ¿Olvido?.....	124
La noche.....	127
De Sevilla, al Cielo.....	130
Yo compadezco al dichoso.....	135
Armonía rota.....	140
Cuestión de indumentaria.....	144
Melancolías.....	149
Profanación piadosa.....	153
Nueva Cruzada.....	157
El amigo del tío Juan.....	159
Guerra y paz.....	162
Izquierdismos.....	164
Niños y niñas.....	167
El escenario....	170
¡Felicidad!.....	174
Pan blanco y pan negro.....	177
ZINELA-CAYÍ (fantasía gitana).....	179

6.000
plena pul valencia
lens ayo

- AN

- SEU

- LEI

- PI

